

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos

Armenia: Un caso de transmutación y supervivencia.

Autor: Guilhem W. Martín. ©

<http://imperibizantino.wordpress.com/>

Extracto: *El presente trabajo describe el proceso a partir del cual una simple confederación de tribus llegó a construir una entidad política independiente conocida como reino de Armenia. El estado de Urartu, las migraciones cimerias, el advenimiento de los persas, el primer período de independencia, la amenaza de los partos, Tigranes II el Grande, Pompeyo, Marco Antonio, el predominio de los Sasánidas, mazdeísmo y cristianismo, la conversión al cristianismo, y Persarmenia son algunos de los temas tratados en “Historia de Armenia: un caso de transmutación y supervivencia”.*

Capítulo 1: Confederación tribal y Urartu.

El primer estado “armenio”: una confederación tribal (siglo XIII a.C.)

Las primeras noticias que se tienen del establecimiento de un cuasi estado armenio datan del siglo XIII a.C. Se trataba quizá de una confederación de tribus, antecesoras de aquéllas que tiempo después darían origen al estado de Urartu. Los asentamientos se produjeron esencialmente en la zona de los grandes lagos (Van y Urmia), casi sobre el nacimiento del río Tigris, al Este, y la confluencia del Murat con el Éufrates, al Oeste. Sin embargo es apresurado hablar de una nación armenia, dado que la misma aún no se había formado. Se precisaría todavía de la llegada de nuevos invasores, con su consecuente asimilación, y del encumbramiento previo de Urartu para dar origen a tal concepto a partir, precisamente, de una integración de pueblos.

Hacia el reinado del soberano asirio Shalmanasar¹ (1274-1245 a.C.), hijo de Adadnari (1307-1275 a.C.), la presión de tales tribus determinaron una campaña del monarca de Asur contra los asentamientos tribales ubicados en torno de Arinna. La falta de cohesión, manifestada a través de una débil resistencia, sugiere más que un estado, la idea de una confederación de pueblos similar a la establecida más al Norte, en el Cáucaso (Georgia), por Colchis y Taochi (aunque ésta es posterior en alrededor de tres siglos).

Dada la tendencia en boga por entonces de citar con especial morbo el balance de cada campaña asiria, se sabe que Shalmanasar logró derrotar a los antecesores de Urartu y destruir Arinna², su capital. El territorio conquistado por el monarca iba más allá aún: se extendía desde la ciudad de Taidi (¿la Amida bizantina, es decir, la Diyarbekir seljúcida?), pasando por Irridi (Ordi), Harran, Nísibe, los montes Kashiyari, hasta llegar a Karkemish.

Para la época en que Shalmanasar combatía ferozmente contra Mitanni (el país de los hurritas) y los pueblos que luego darían origen a Urartu, un grupo de clanes tracio-frigios se desplazó de los Balcanes y, cruzando el Helesponto, se abrió paso a través de Asia Menor. Su avance incontenible hacia Oriente, en medio del país de los hititas, sugiere la posibilidad de sindicarlos entre los responsables de la debacle de dicho estado, hacia el 1200 a.C. El desplazamiento de estas tribus acabaría con su ulterior radicación en el lugar adonde usualmente la leyenda suele referir tal acontecimiento: los

¹ Shalmanazar I fue un rey eminentemente conquistador, a quien se le atribuye la organización del poderoso ejército con el que Asiria se haría dueña de Oriente Medio. La maquinaria militar de Asur se basaba en el empleo de infantería ligera, combatientes con armadura en carros de combate, caballería dotada de jabalinas y lanzas, arqueros, honderos, escuchas, mensajeros, torres móviles de asalto provistas de un ariete y una tronera, donde los arqueros disparaban protegidos por una estructura sólida recubierta con cueros y pieles de animales. El equipamiento militar incluía odres vacíos que se inflaban a pulmón para cruzar ríos. Las campañas de terror eran ampliamente utilizadas por los soberanos asirios contra sus enemigos externos como una manera de preparar el terreno para la siguiente conquista.

² Hacia mediados del siglo XIII a.C., la costumbre imperante al cabo de una expedición militar consistía en recoger un puñado de tierra de cada gran ciudad destruida y acopiarlo frente a la puerta principal de la capital asiria. La intención era que sirviera como un recordatorio de los logros conseguidos para las futuras generaciones. Otra usanza desarrollada en tiempos de Shalmanazar y aún, de su padre, consistía en tomar de rehenes a los hijos de familias notables, pertenecientes a los países vencidos, con la intención de “amansarlos” mediante la asimilación de la cultura asiria.

alrededores del monte Ararat³. Gradualmente los condimentos que darían origen a Armenia se iban poniendo en contacto, como consecuencia de los profundos cambios étnicos y sociales que sobrevendrían tras la irrupción de los “pueblos del mar”⁴.

El estado de Urartu (siglos XII - VII a.C.)

Nacido de una confederación tribal asentada al norte de Asiria, Urartu pronto se consolidó como un estado independiente en todos los sentidos⁵. Una alianza contra el enemigo común fue pronto establecida entre los soberanos de Urartu y los reyes de Mitanni, alianza misma que, en los años de angustia, permitiría a los hurritas (especialmente mitannos) escabullirse del poder asirio refugiándose en las montañas urarteas. La decadencia de Asur tras la muerte del gran rey Tiglatpileser I (1117-1077 a.C.)⁶, potenciada por la invasión de los arameos, permitió a los urarteos extraerse de la órbita de influencias de Asiria. Pero la amenaza volvió a cobrar fuerzas en tiempos de Asurnasirpal II⁷ (884-858) y de su hijo, Shalmanasar III (858-831), cuando los asirios, habiéndose librado de los arameos, lanzaron sendas campañas contra Urartu, incluyendo una incursión contra la misma capital (865). De hecho, el reconocimiento de un reino urartiano, provendría del propio Shalmanasar III, síntoma inequívoco de que el país del Norte se estaba convirtiendo en un enemigo de cuidado. Los enfrentamientos entre urarteos y asirios se extendieron durante el siguiente siglo y medio, con suerte cambiante para ambos bandos.

El florecimiento de Urartu tuvo su punto culminante entre los siglos IX y VIII a.C. con un estado que dominaba extensos territorios alrededor de los lagos Van y Urmia, cohesionados en torno a una capital bien establecida en Thuspa (Van). El comercio fluía sin inconvenientes en todas las direcciones, e inclusive se habían iniciado contactos con la confederación que habían erigido en el Norte, los Taochi y los Qolha o Colchis. Para el desarrollo regional, los urarteos apelaron a la deportación, con el fin de ampliar las zonas cultivables. Entre los principales productos de exportación se hallaban trabajos en metal, caballos, vinos, trigo y cebada. Para cultivar la tierra los urarteos se convirtieron en eximios constructores de obras fluviales: canales, lagos artificiales y albercas

³ La leyenda sostiene que los armenios descienden del mismo Noé, por vía de Gomer, nieto de aquél y abuelo de Thorgorm, quien a su vez era padre de Haic. De aquí que en sus orígenes el país haya sido denominado “*Haisastán*”. La secuencia de parentesco más sencillamente expuesta quedaría así: *Noé – Jafet – Gomer – Ashquenaz (Askenaz) – Thorgom – Haic*. La Biblia, al respecto, dice que de los hijos de Jafet (Gomer, Magog, Madai, Javán, Tubal, Meses y Tiras) y de sus respectivos descendientes (Askenaz, Rifat, Togarma, Elisa, Tarsis, Quitim y Rodanim) proceden los pobladores de la costa (es decir, Outremer o Ultramar: los actuales países de Siria y Líbano y las antiguas provincias bizantinas de Cilicia y Seleucia). Lo cual se torna sugestivo a la hora de considerar que el Imperio Hitita fue abatido por los “pueblos del mar”.

⁴ Los “pueblos del mar”, que ocasionaron la debacle del Imperio Hitita, eran una masa heterogénea de pueblos de distinta procedencia, que se movían empujados por migraciones internas. Se trataba quizá de una combinación de hordas integradas por filisteos, libios, zekkeres, frigios y tracios, entre otros.

⁵ Algunos historiadores como E. Cassini y J. Vercotter, sostienen que el origen de Urartu está relacionado con bandas de hurritas que poblaron la región, tras un desprendimiento de aquéllos que habían creado el reino de Mitanni.

⁶ Tiglatpileser I fue el artífice de una amplia obra restauradora que puso a Asiria en una nueva gran fase expansionista. A su muerte, los arameos, aprovechando la debilidad de sus sucesores, Ashurberkala (1074-1057) y Shamshiadad (1054-1051), invadieron el país, sumergiéndolo en el caos.

⁷ El significado de Asurnasirpal es el siguiente: “*Asur, el guardián del heredero*”.

permitieron abastecer de agua a sus poblados y ciudades, a la vez que proveían de agua a los campos de trigo, espelta, cebada y centeno.

A mediados del siglo VIII a.C. la ascensión de Urartu se manifestó militarmente por medio de la destrucción y sometimiento de los Taochi y de sendos enfrentamientos con el país de los Colchis. Tales incursiones pusieron a los urartianos en contacto con el litoral del Mar Negro, y ampliaron la ruta comercial que, procedente de Susa, pasaba ahora por Urartu recalando en Trapezunte. Mas hacia el 720 a.C. una oleada de pueblos procedentes del Norte, cimerios y escitas, y la posterior expansión de los iraníes desde el Sur (medos y neobabilónicos), ocasionaron grandes desórdenes en Asia Menor⁸. La coyuntura fue bien aprovechada por aquél pueblo traciofrigio que participara de la destrucción del Imperio Hitita y que había ocupado en Asia Menor el vacío de poder dejado por la extinción de dicho estado. Los invasores se instalaron en Urartu probablemente para la época en que Asiria colapsaba bajo las armas de los ejércitos medos y babilónicos (toma de Asur en el 614 y de Nínive en el 612 a.C.)⁹. Pronto suministraron la capa aristocrático-militar de la nueva sociedad, mientras que los vencidos pasaban a constituir los estratos subalternos. La fusión sería cuestión de tiempo, y Armenia empezaría a tomar forma con el aporte de un tercer grupo de emigrantes. Este tercer grupo procedía del estado asirio y desde hacía largo tiempo interactuaba con los urarteos. Su principal aporte iba a ser el idioma, que los funcionarios de Urartu y el pueblo en general usarían en sus inscripciones lapidarias hasta bien entrado el siglo X.

De la simbiosis de estos tres elementos nació uno nuevo, que empleaba la lengua de los conquistadores frigios, una lengua indoeuropea ubicada en un punto intermedio entre el grupo persa y el grupo griego. La misma evolucionaría tomando vocablos, palabras y nombres propios a los grupos más allegados y al propio urarteo. El producto final estaría a la altura de la nueva entidad que se había creado y de la nación que había sido moldeada por tan singular mezcla de gentes. Sin embargo, ésta no emergería inmediatamente debido al súbito advenimiento de los medos, quienes no tardarían en suceder a los asirios en el control de Mesopotamia, con ambiciones territoriales que incluían las tierras del antiguo Urartu.

Capítulo 2: Cimerios, escitas, asirios, caldeos, frigiotracios y medos. El final de Urartu.

Las migraciones de los cimerios: convulsión y nuevo orden.

Como sucediera seis siglos antes con los llamados “*pueblos del mar*”, la irrupción de los invasores del Norte, cimerios¹⁰ y escitas, ocasionó profundas transformaciones

⁸ En el debilitamiento de Urartu tuvo mucho que ver el papel desempeñado por el soberano asirio Sargon (722-705), quien atento a los graves disturbios ocasionados en la región por los cimerios, ingresó al país y aplastó a las fuerzas de Rusa en Sahend (714).

⁹ Hacia el 590 a.C., los medos, vencedores de Asiria, ya habían tomado Tushpa, por lo que la descomposición de Urartu debió tener lugar no antes de esa fecha. Por tanto, la llegada de pueblos armenio-frigios procedentes del Asia Menor occidental parece haber ocurrido entre el 610 y el 590 a.C.

¹⁰ La migración de los masagetas, que tuvo lugar hacia el siglo VIII a.C., saliendo desde el Oxus, alcanzó los territorios cimerios del sur de Rusia, empujando a los escitas sobre éstos. La respuesta de los cimerios

étnicas y sociales en Mesopotamia y Asia Menor. Entre los principales afectados, el estado de Urartu y el reino anatólico de los frigios fueron los que llevaron por lejos la peor parte, aunque las tribus Colchis de Georgia, es decir la Cólquide de los griegos, también sufrieron grandes devastaciones.

La aparición de los cimerios en las mesetas del lago Van, hacia el 715 a.C. coincidió con una nueva fase expansiva del poder asirio, dirigida brillantemente por el soberano Sargón II (722-705). Los acontecimientos que se sucedieron al norte de Musasir, por la acción de los cimerios, por un lado, y de los asirios, por el otro, estuvieron tan entrelazados entre sí que es muy difícil precisar el papel jugado por ambos al momento de establecer causas y consecuencias en el devenir urartiano. Lo cierto es que, mientras los cimerios sacudían la estructura estadual de Urartu y de los territorios más orientales del reino de los frigios, los asirios de Sargón II despachaban ininterrumpidamente una incursión tras otra contra sus vecinos septentrionales (Karkemish, Tabal, Mittani, Manner y Urartu).

Del primer enfrentamiento militar entre cimerios y urarteos, Sargón II fue quien más ventajas cosechó. Con sus tropas invadió los territorios pertenecientes a los aliados de Urartu, en las proximidades del lago Urmia, obligando al herido rey urartiano, Rusa, a marchar contra él con los restos de su ejército¹¹. En Sahend los urarteos sufrieron un nuevo revés y ya no les fue posible organizar otra leva. Imparable, Sargón penetró en el país desde la actual Tabriz y lo saqueó impunemente, mientras sus descorazonados habitantes se encerraban en sus fortalezas o huían hacia las montañas para procurarse refugio. Para un país como Urartu, cuya subsistencia económica era viable a través del cultivo de la tierra, la crianza de caballos y el trabajo con metales, el abandono del campo como consecuencia de la invasión asiria fue doblemente perjudicial. Por una parte la desorganización rural hizo colapsar la fuente de ingresos del estado y por otra, causó el desmoronamiento de la política de deportaciones en masa, que los reyes urartianos habían empleado hasta ese entonces para poblar zonas que eran fértiles para el cultivo de cereales y vid, y que los monarcas asirios anteriores a Sargón II no habían sabido valorar.

Una segunda aparición de los cimerios tuvo lugar hacia el año 696, aunque en esta oportunidad estuvo más focalizada en los confines septentrionales de Asia Menor. Durante el transcurso de la misma, los invasores del Norte atacaron al reino de Frigia, que tocó a su término con el suicidio de su último rey, Midas II, en 675 a.C., la captura de Gordio, su capital, y el establecimiento del rey cimerio de Lidia, Creso, en el trono de Midas. Fueron precisamente estos hechos los que impulsaron a los sobrevivientes frigios a huir en diferentes direcciones. Algunos grupos lo hicieron poniendo rumbo hacia Oriente, y alrededor del 600 a.C., se establecieron en las cercanías del lago Van, no sin antes librar cruentas luchas con los urarteos¹².

fue abandonar sus territorios, transponer los montes caucásicos e irrumpir en Urartu. El origen de los cimerios y escitas aún hoy no ha podido ser descifrado. La historiografía rusa separa a uno de otros utilizando un sentido geográfico: mientras los cimerios eran el pueblo que habitaba el sur de Rusia, los escitas eran tribus cuyos emplazamientos se ubicaban en las proximidades del mar de Azov (al este de Crimea).

¹¹ Hacia el 715 a.C., Rusa había sufrido una aplastante derrota a manos de los cimerios, que le había costado la pérdida de algunos de sus generales y de gran parte de sus efectivos.

¹² Otros grupos frigios, entretanto, se atrincheraron en algunas de las mayores ciudades de Asia Menor occidental, como Sardes, mientras los cimerios consolidaban su poder entorno de Sínope.

Medos y caldeos: consecuencias de la toma de Nínive en el horizonte urartiano.

La declinación de Asiria hacia finales del siglo VII a.C. también supuso una nueva amenaza para los urartianos al desproteger la frontera meridional, que los reyes habían puesto a buen resguardo mediante una política de acercamiento hacia Nínive. Así como desde el Norte los cimerios y más tarde los escitas habían subvertido el orden reinante durante decenios en las tierras de Asia Menor, Georgia y Armenia, desde el Sur, las revueltas de arameos y caldeos comenzaron a poner en jaque la preponderancia asiria, con consecuencias similares. Víctimas de sus propios métodos de deportaciones en masa y asimilación, los asirios empezaron a padecer una pérdida de identidad que se vio agravada por la debilidad de los sucesores de Asurbanipal (667-629). La constitución del reino neobabilónico, fruto precisamente de las mencionadas revueltas y de la habilidad de un caudillo llamado Nabopolasar, fue seguida por sendos ataques sobre la frontera sur del estado asirio, aunque ninguno tuvo la intensidad de la incursión que llevaron a cabo los medos de Ciaxares, aliados de aquél. Hacia el 614 a.C., Asur se encontraba en llamas y sus habitantes, esclavizados, eran conducidos hacia el Este.

A partir de la toma de la vieja capital, la resistencia asiria fue menguando y no pudo evitar la ulterior captura de Nínive a manos de los aliados medos y babilónicos. Las desmoralizadas fuerzas asirias debieron refugiarse en Harrán y sus territorios, donde proclamaron rey a Ashshurballit (612-609), el último monarca asirio que registra la Historia¹³. Ni con la ayuda de los egipcios, a la sazón sumamente preocupados por la suerte de sus dominios en Siria, pudo Ashshurballit recuperar sus antiguos dominios. Todo lo contrario, una nueva expedición babilónica le dejó con las manos vacías, tras lo cual el desdichado soberano fue asesinado por sus propios aliados del Nilo¹⁴.

La desaparición de Asiria tuvo un efecto inmediato sobre los territorios ubicados en torno a los lagos Van y Urmia. Para Urartu, que llevaba siglos combatiendo a un enemigo que conocía a la perfección, el vacío de poder resultante en sus fronteras meridionales le arrojó a las manos de un futuro incierto. Sin haberse recuperado nunca de las devastaciones de Sargón II y Senaquerib, los urarteos no estaban preparados para afrontar tamaña presión externa: frigiotracios (o frigioarmenios) desde el Oeste, babilónicos desde el Sur y medos desde el Este. Aunque el peligro babilónico se diluyó muy pronto¹⁵, no sucedió lo mismo en los otros dos casos. Hacia el 600 a.C., los frigiotracios habían arribado ya al reino y establecido su preeminencia sobre la población. De la integración de tales elementos más el influjo residual de la cultura asiria emergerían finalmente los armenios tal cual se los conoce hoy. Pero esta primera etapa estaría lejos de ver a un estado armenio independiente y mucho menos, consolidado. Cuando apenas se había logrado cierto grado de cohesión entre urartianos y frigiotracios, se produjo la llegada de los medos, acaudillados por un tal Ciaxares.

¹³ Ashshurballit no tardó también en perder su nueva capital de Harrán, hacia el año 610, en manos de Nabopolasar, rey de Babilonia. Desde entonces, su único punto de apoyo y sostén fue el faraón de Egipto, que le suministró tropas para continuar resistiendo.

¹⁴ Es tanta la oscuridad reinante en relación a los últimos años del estado Asirio, que la muerte de Ashshurballit no ha sido recogida por ninguna fuente. Su asesinato a manos egipcias es una especulación que se fundamenta en una mera cuestión práctica: el precio por mantener tan débil aliado, a la larga, era más gravoso para el faraón que si se jugaba su propia suerte frente a los babilónicos y medos. Sin embargo, hay quienes piensan que el último monarca asirio bien pudo haber muerto durante su fallido intento por recapturar Harrán de manos de Nabopolasar.

¹⁵ Tanto Nabopolasar como su hijo y sucesor, Nabucodonosor estaban más interesados en una expansión hacia el Mediterráneo, a costa de los dominios egipcios de Siria y Palestina.

La invasión de Armenia, comandada por Ciaxares, se inició hacia el 590 a.C. El rey medo, avanzando rápidamente hacia el corazón del país, no tuvo problemas en conquistar la antigua capital urartea de Thupsa. Las guarniciones que allí dejó, asegurarían la dominación meda del territorio durante los siguientes cuarenta años. Algunos urartianos, reacios aún a la pérdida de su independencia, hicieron un intento de resistir en Tesheba, pero una nueva invasión cimeria decretó el final de su estado, hacia el 585 a.C.

Capítulo 3: Armenia: ¿un invento de Darío I?

El advenimiento de los persas. Final de Media y Babilonia.

Una vez que medos y caldeos hubieron liquidado la presencia asiria en el Cercano Oriente y terminado con aquél país de ascendencia hurrita (aunque no mitanno), conocido como Urartu, un periodo de grandeza se inició nuevamente en Mesopotamia, de la mano del hijo y sucesor de Nabopolasar, Nabucodonosor II (605-562). Pero a la vez que babilónicos y medos se preocupaban por consolidar sus nuevas conquistas (Asia Menor oriental, Siria y Palestina), en Irán, los persas¹⁶ iban lentamente echando las bases de lo que, en cuestión de unas pocas décadas, acabaría siendo el mayor imperio de la Antigüedad, antes de Alejandro Magno.

Precisamente de la ambición de Ciaxares de unir a medos y persas a través de una boda real entre su hija y Cambises I, el hijo de Ciro el Viejo¹⁷ (Ciro I para la cronología histórica), es que surge el principal protagonista de ese siglo. Ciro II (559-530), mitad persa y mitad medo, nacido de tal unión, pronto debió vérselas con la nobleza meda que se rehusaba a reconocerle cualquier tipo de primacía o prerrogativas. En consecuencia, marchó contra los medos y les venció en el 549, ocupando Ecbátana, su capital. Persia, nacida en un rincón del Irán, entre elamitas y medos, pronto se vio dueña de las tierras que Ciaxares había arrebatado a urarteos y lidios. Aunque Ciro no se contentó con ello: ambicionaba los dominios lidios del Asia Menor y las provincias babilónicas que tan meticulosamente había preservado Nabucodonosor para Babilonia y su reino caldeo. Entretanto, los armenios presenciaban tales eventos como meros espectadores aunque el imperio persa, en constante crecimiento, pronto les depararía una satrapía, autónoma en asuntos de política y tolerante en cuestiones de religión.

La destrucción del estado medo en 549 a.C. fue seguida por la conquista persa de Asia Menor. Ciro II, una vez que hubo tomado Ecbátana, avanzó directamente hacia el Oeste y luego de Cruzar el Tigris y sobrepasar la posición del antiguo reino urarteo, ingresó al Asia Menor, donde mandaba Cresos, el rey de Lidia. La victoria persa de Pteria y la posterior conquista de Sardes, determinaron el final del reino de Lidia. Poco tiempo después, Ciro caía sobre los caldeos de Babilonia, tomando prisionero a

¹⁶ Medos y persas eran pueblos iraníes de origen indoeuropeo. Su irrupción en escena quitaría a los semitas el protagonismo que habían tenido en los anales de la Historia hasta ese momento (especialmente gracias a los asirios). Desde entonces, los semitas deberían aguardar un poco más de mil años para irrumpir en escena nuevamente, de la mano de una nueva fe.

¹⁷ Ciro el Viejo era hermano de Ariaramnes e hijo de Teispes. Tanto su padre, como luego él y su hermano, entre quienes Teispes había dividido el reino, fueron vasallos de los medos de Ecbátana.

Nabónido, el último rey neobabilónico, y entrando triunfalmente en su capital (539 a.C.).

Para darnos una idea exacta de la celeridad con que se estaban desarrollando tan dramáticos cambios se ha de tener en cuenta los siguientes aspectos: al momento de conquistar Ciro II Babilonia, hacía

- 70 años que había desaparecido Asiria.
- 61 años que los frigiotracios habían arribado al entorno del Ararat.
- 46 años que había sucumbido Urartu.
- 29 años que los egipcios habían debido abandonar Siria y Palestina en manos de los caldeos.
- 23 años que había muerto Nabucodonosor (el más importante rey caldeo).

Con estas perspectivas, seguramente los armenios debieron haberse preguntado si la dominación persa seguiría el ciclo cada vez más corto de ascensión, auge y caída de los estados del Cercano y Medio Oriente. Lamentablemente, para sus aspiraciones independentistas (recordemos que no habían terminado de surgir como pueblo y ya habían perdido su libertad en manos de los medos), la tendencia se rompería con los persas.

La situación de Armenia bajo el yugo persa.

La dominación de Persia sobre Armenia se extendió a lo largo de doscientos veinte años, durante los cuales la cultura irania ejerció una gran influencia. Lengua, costumbres y religión armenias sufrieron profundas transformaciones bajo la férula persa, altamente impregnada de elementos pertenecientes a los pueblos vencidos o vecinos: asirios, griegos, egipcios, lidios e indios. Ciro II pronto se perfiló como el soberano tolerante e integrador por antonomasia, virtudes en las que tuvieron mucho que ver su ascendencia indoeuropea y las características de la religión que traían consigo los conquistadores. A diferencia de los politeísmos orientales, la religión persa, el mazdeísmo¹⁸, reconocía las virtudes del ser humano y las premiaba por proceder del bien. En este sentido, todo fiel debía trabajar para extirpar el mal de la Tierra, que se reconocía a través de los vicios y defectos de los seres vivos. Tal vez sea ésta la causa del cambio de actitud hacia los pueblos vencidos que demostraron los nuevos amos de Mesopotamia y del Asia Menor, respecto a los anteriores reinos e imperios.

El fundador del estado persa murió en 530 a.C. y su desaparición fue aprovechada por los elementos semitas del viejo partido reinante de Babilonia, para llevar a cabo sendos complots, que colocaron efímeramente al frente de dicha ciudad, a sendos usurpadores (522 y 521). Tales movimientos alentaron a los armenios a rebelarse contra los persas, especialmente tras la muerte de Cambises (530-522). Inclusive en Babilonia,

¹⁸ Doctrina predicada por Zarathustra (Zoroastro), el mazdeísmo era una religión dualista que reconocía como dios supremo a Ahura-Mazda, creador de todo lo bueno, y Ahirmán, creador de todo lo malo, ambos presentes desde toda la eternidad. Por debajo de ellos, e integrando cada bando, existían espíritus inferiores que podríamos llamar ángeles, los hombres y todo ser vivo que pisara la Tierra. La lucha permanente entre ambos principios era lo que en definitiva moldeaba la historia del mundo.

un armenio se hizo coronar con el nombre de Nabucodonosor IV, apoyado por miembros de la antigua elite.

Darío (522-486), un noble aqueménida que prevaleció entre varios aspirantes tras el asesinato de Gaumata, hermano de Cambises, tuvo que afrontar tales revueltas, que no eran otra cosa que la reacción natural e instintiva hacia su falta de legitimidad. Los rebeldes fueron derrotados uno tras otro, al mismo tiempo que se restablecían las satrapías que habían estado amenazadas. En Armenia, entretanto, el general Vaumisa controlaba a los armenios, mientras Darío se dirigía contra Arbelas, al oeste del lago Urmia. La serie de éxitos del rey aqueménida quedó immortalizada en la inscripción de Beisthún¹⁹:

(Cuenta Darío) *“Estos son los países que están sujetos a mí y que por la gracia de Ahura-Mazda me transformé en rey de ellos: Persia, Elam, Babilonia, Asiria, Arabia, Egipto, los países del Mar, Lidia, los griegos, Media, Armenia, Capadocia, Partia, Drangiana, Aria, Corasmia, Bactriana, Sogdiana, Gandara, Escitia, Satagidia, Arachosia y Maka, veintitrés países en total”*.

La inclusión de la palabra “Armenia” en los grabados del monumento citado es la primera mención que recoge la Historia acerca de dicho país y fue precisamente Darío, ego mediante, el primer monarca en emplearla oficialmente. Si hasta ese momento había existido un lugar sin marcar en el mapa, ahora el gran rey persa le ponía el nombre para identificarle: Armenia, la XIII satrapía.

Capítulo 4: Entre Oriente y Occidente.

El camino hacia el primer periodo de independencia.

La conquista del Imperio Persa, pergeñada y llevada a cabo hábilmente por Alejandro Magno significó políticamente un mero cambio de dueños para los armenios. Tras la derrota de Darío III Codomano (336-331) en Gaugamela (331 a.C.), los macedonios se apropiaron, casi sin resistencia, de las últimas satrapías orientales a la vez que iban esparciendo su cultura mediante la construcción de nuevas ciudades²⁰ y una política tolerante hacia los vencidos que incluía casamientos mixtos. Pero culturalmente, el contacto de los armenios con el invasor supuso grandes cambios para el país. A través de una síntesis que, aglutinando los elementos de las civilizaciones orientales y occidentales, iría transformando gradualmente las raíces del país que se hundían hasta el arcano Urartu, Armenia adquirió una nueva identidad. ¿Europeos híbridos? ¿Los europeos del Asia? ¿Asiáticos europeizados? La respuesta a tales interrogantes, en cualquier caso, debería ser un no rotundo. Armenia, luego de la conquista de Alejandro, se desarrolló como una entidad única en todos los sentidos.

¹⁹ Entre Hamadán (Iran) y Bagdad (Irak) actuales, se encuentra la roca de Beisthún, que es un monumento de piedra de 5,5 metros por 3, donde Darío hizo grabar la secuencia referida a las victorias militares de su reinado. Precisamente en dicha estela se haya descripta minuciosamente la revuelta Armenia del año 522 a.C., que fuera conjurada por su lugarteniente Vaumisa.

²⁰ Alejandría Ad Issum, entre Siria y Turquía, Alejandría en Egipto, Alejandría de Aria, Alejandría de Portfasia, Alejandría Caucásica, Alejandría Escate, Alejandría de Susiana, Alejandría Bucéfala, Alejandría Opiana, Alejandría Portfasia, Alejandría Nicea, Alejandría en el Híffasis, etc.

Cualquier intento de definirla de otra manera sería una forma peyorativa e injusta de “ver” y comprender su Historia. Una cosa es cierta sin embargo: que la irrupción de Occidente a través de los macedonios marcó para siempre el devenir histórico de los armenios. Es lo que iremos desglosando y analizando minuciosamente de ahora en más.

Alejandro Magno fue indudablemente un genio militar a quien la muerte sorprendió cuando se aprestaba para la conquista de Arabia (323 a.C.). ¿Pero fue un hábil administrador? No lo sabremos nunca. Su imperio no le sobrevivió, al menos como estructura unificada y resistente. Muy pronto, sus generales iniciaron una sórdida lucha para disputarse los despojos del otrora gran estado²¹. Hacia el 301 a. C., de todos los candidatos que se habían disputado la herencia alejandrina solo quedaban tres: Ptolomeo I Sóter (305-285) en Egipto y Palestina, Demetrio I Poliorcetes (307-283) en Macedonia y Tracia, y Seleuco I Nicator (305-281) en los restantes territorios²². Precisamente en este período, tan convulsionado, los armenios, acaudillados por Orontes I o Hrant (322-301) lograrían sustraerse de la soberanía griega para extasiar sus pulmones con un poco de aire de libertad.

No duraría mucho, sin embargo, este atípico interregno de independencia. En el 222 a.C., Seleuco II Callinico (246-226) volvería a imponer sobre Armenia la dominación de los seléucidas. El país sería luego dividido por Antíoco III el Grande (223-187) en dos provincias: Armenia mayor, ubicada al este del Eufrates, con las ciudades de Erzurum (Teodosiópolis) y Van como cabeceras, y Armenia menor, al oeste de aquél río, incluyendo las urbes de Sebastea (Sivas) y Erzincan. Los nuevos territorios serían asignados, no obstante, a príncipes nativos: Artaxias o Asrtashes gobernaría el primero, y Zareh, el segundo.

Entretanto, hacia Occidente, las legiones romanas ya estaban haciendo estragos en el reino de Macedonia²³, aquél mismo donde en 307 a.C. Demetrio I Poliorcetes se estableciera como sucesor de Alejandro. La guerra con Macedonia había puesto por primera vez a Roma en contacto con el reino seléucida de Antioquia²⁴. Los romanos habían conocido a su rey, Antíoco III el Grande, cuando, a través de sus embajadores, buscaron su ayuda para evitar cualquier sorpresa en la puerta trasera de Macedonia. Pero descubrieron en el ambicioso monarca oriental a un personaje peligroso, un enemigo temible, para sus aspiraciones expansionistas en Asia Menor. Y Antíoco, que en realidad deseaba recrear en su imperio, el estado de los antiguos reyes aqueménidas de Persia, se prestó inocentemente al juego.

En Magnesia, hacia el 190 a.C., los contendientes se enfrentaron en una dura batalla que terminó con la victoria de los romanos. Antíoco III se apresuró a firmar la

²¹ Los dos candidatos “legales” para suceder a Alejandro eran Filippo Arrideo, hijo ilegítimo de Filippo II y de hecho, hermanastro de Alejandro, y el hijo póstumo del Magno, al que habían dado su mismo nombre: Alejandro IV. Ambos pretendientes, respetados en un principio a través de regentes (Pérdicas y Antípatro), acabaron siendo asesinados.

²² Lidia, Frigia, Cilicia, Capadocia, Armenia, Siria, Mesopotamia, Susiana, Persia, Partia, Bactriana, Aracosia y Gedrosia.

²³ Los romanos venían de vencer a Aníbal, uno de los mejores generales de la época, y de doblegar, por ende, el poderío de su inveterado rival: Cartago.

²⁴ La ciudad de Antioquia, en Siria, había sido fundada por Seleuco I Nicator en el año 301 a.C. y recibió su nombre en honor de Antíoco, el padre de Seleuco. Pronto la flamante metrópoli terminó acaparando el poder que hasta entonces había detentado la vieja capital de Seleucia (obra también de Seleuco I), la gran ciudad puerto ubicada sobre el Tigris, al norte de Babilonia.

paz de Apamea (188), a través de la cual se obligaba a aceptar durísimas concesiones, entre las que se contaban elevados tributos y el desmantelamiento de su aparato militar²⁵. El imperio seléucida, arruinado y sometido a una política sistemática de “divide y vencerás” por parte de los romanos, jamás volvería ya a levantar cabeza.

Los armenios se dieron cuenta muy pronto del alcance de la derrota de Antíoco III. La táctica romana habitual, para estos casos de adversarios doblegados pero no sometidos, era alentar o apoyar rebeliones en el seno del territorio enemigo. En los armenios encontraron un campo propicio para ello, por lo que la revuelta de Artaxias y de Zareh en sus respectivos territorios, recibió la aprobación del senado romano. En cierta manera, la batalla de Magnesia representa un punto crucial en la historia de Armenia: la victoria romana de 190 fue el espaldarazo que los armenios tanto habían anhelado para dar sus primeros pasos como pueblo libre e independiente.

El reinado de Artaxias (190-159 a.C.): primeras trazas de consolidación.

Si bien Magnesia devolvió la independencia a los armenios, no alcanzó para restituirles la unidad. Artaxias o Asrtashes seguía gobernando la parte oriental del país, mientras que Zareh hacía lo propio en la zona occidental. Pero la muerte de éste último dio a aquél la ocasión de anexionarse la Armenia menor, lo que abrió el camino para una expansión posterior a costa de los pueblos vecinos. La belicosidad armenia se concentró especialmente contra los albanos, que habitaban el actual Azerbaiján, y los kartlis o iberos, gobernados por Saurmag, el sucesor de Parnavaz. En el plano interno, la principal intervención de Artaxias estuvo dada por el traslado de la capital desde Armavir a Artaxata, a orillas del río Arax, en el vértice superior del triángulo formado por los lagos Urmia, Van y Sevan. Quizá la razón de tal decisión haya sido la necesidad de mantener un mejor control sobre los territorios de los albanos, que se extendían entre el río Cura y el citado Arax, al oeste del Mar Caspio.

Artaxias gobernó Armenia entre los años 190 y 159 a.C., siendo contemporáneo de la debacle progresiva del Imperio Seléucida, y del surgimiento de sendos reinos vecinos que, a la postre, llegarían a amenazar la independencia del país (principalmente el estado parto de los arsácidas). Como ya se ha señalado, la victoria romana de Magnesia (190 a.C.), había provocado la sangría del estado con sede en Antioquia. Antíoco III el Grande fue incapaz de contener las fuerzas centrífugas que amenazaban su estado, aparecidas tras el enfrentamiento con los romanos y, en especial, luego de una serie de conflictos con los descendientes de Ptolomeo, suscitados a raíz de la posesión de Fenicia y Palestina. Para entonces, de los dominios seléucidas originales, aquéllos que Seleuco I Nicator se asignara del Imperio de Alejandro, solo restaban Siria y algunos territorios en Mesopotamia y Media. Bactriana, el territorio menos helenizado de todos, se había perdido hacía tiempo a manos de los partos²⁶, quienes hacia el 141 a.C. también arrebatarían a Antíoco VII (138-126), Babilonia, Uruk y Persépolis. Más

²⁵ Así, por ejemplo, el monarca seléucida debió ceder su flota a los romanos, excepto diez barcos, y todos sus elefantes de guerra. Por su parte, el tributo que le fue impuesto (15000 talentos) a título de reparaciones de guerra, a la larga, resultaría asfixiante para las arcas del pobre Antíoco. La desesperación por hacerse de circulante acabaría siendo la causa de su perdición: Antíoco moriría asesinado precisamente al saquear un templo en el Golfo Pérsico.

²⁶ Los partos eran un pueblo seminómada de estirpe irania, como los antiguos persas aqueménidas. Sus bases originales precisamente se hallaban en Partia, entre el Caspio y el río Oxus.

hacia el Oeste, se habían constituido otros reinos helenísticos, como Ponto, Pérgamo, Paflagonia, Rodas, Galacia y Capadocia, en el Asia Menor. Y en el Sur, los hebreos, acaudillados por los Macabeos, desataban una feroz revuelta armada que ponía en jaque la superioridad que habían logrado los seléucidas en la región por sobre los Ptolomeos de Egipto²⁷. Tanta dispersión de autoridad, propiciaba la independencia de los armenios, y fue precisamente su primer soberano, Artaxias, el encargado de aprovechar la coyuntura para consolidar el reino.

Capítulo 5: El período pre-romano.

La amenaza de los partos

Desde el reinado de Artaxias, el restaurador del estado armenio, hasta el de Tigran II el Grande, existe un interregno de aproximadamente sesenta y cinco años, en el cual los sucesores del primero, Artavazd (159-149) y Tigran I (149-123) debieron dar lo mejor de sí mismos para mantener la precaria independencia lograda tras Magnesia. Para entonces sobre Armenia se cernían sendos peligros: desde el Sur, los seléucidas siempre amenazantes, esperaban el momento propicio para recuperar algo de su antigua gloria. Es cierto, tras el reinado de Antíoco III el Grande, las cosas habían ido de mal en peor para los de Antioquia, desde sus relaciones tormentosas con el estado hermano de los Ptolomeos, hasta los enfrentamientos con el naciente reino parto de los arsácidas, que lentamente se iba fagocitando Mesopotamia. Sin mencionar a los romanos, quienes aún privados de la fuerza suficiente para intervenir directamente en Siria, habían creado una serie de estados taponés en Asia Menor, a través de la paz de Apamea, a fin de absorber cualquier nuevo intento de los seléucidas por tomarse desquite. En este sentido, supieron atraer a su causa a los monarcas atálidas del reino de Pérgamo²⁸, cuyas tierras iban desde la costa egea del Asia Menor, hasta Seleucia, adonde entraban en contacto con los territorios de Antioquia.

Hacia el Oeste, Armenia hundía su superficie hasta más allá de las fuentes del Halys, entrando en contacto con los reinos helenísticos de Capadocia y el Ponto. En esas latitudes, la influencia armenia era realmente apreciable, debido sobre todo al establecimiento de colonos de esa nacionalidad junto a los antiguos pobladores de Capadocia: tibarenses y cataones. Regados entre el Lycus y el Halys, estos armenios se moverían la mayoría de las veces de manera independiente respecto a los soberanos de Artaxata²⁹, sirviendo como un dique de contención frente al ambicioso estado del Ponto.

²⁷ El último gran logro del estado seléucida antes del desastre de Magnesia había sido la adquisición de Fenicia y Palestina, obra de Antíoco III, merced a su victoria sobre Ptolomeo IV de Egipto, en Panión (200 a.C.), cerca del nacimiento del Jordán.

²⁸ El reino de Pérgamo fue el último estado helenístico en nacer. Independientes a la muerte de Seleuco I Nicator, el fundador del Imperio seléucida, los pergaminos debieron recurrir una y otra vez a Roma y Egipto para mantener en los años subsiguientes su soberanía contra los intentos expansionistas de los seléucidas y los gálatas. El reino sería cedido por Atalo III, a los romanos (133 a.C.). Pérgamo, la capital, llegó a ser famosa por su biblioteca que, según las crónicas, llegó a albergar 200.000 volúmenes. Semejante bagaje de ejemplares determinó que en el lugar trabajaran centenares de personas, desempeñándose como copistas o eruditos, transcribiendo manuscritos existentes o reconstruyendo textos a partir de fragmentos.

²⁹ También denominada Artashat o Artaxsata, la capital armenia de Artaxata, según cuenta la tradición, fue levantada acorde con los consejos del famoso general cartaginés, Aníbal, quien se había refugiado en

Pero no era sino del Este que procedía la principal amenaza. Tras la paz de Apamea se había formado un reino independiente en la Media Atropatena, que aislaba a Armenia de los pueblos iraníes que habitaban las zonas orientales del Imperio Seléucida, mismos pueblos sobre los cuales la influencia de la cultura helena no había pasado de ser una tenue pincelada. Sin embargo, la ascensión del estado parto vino a cambiar las cosas. Extendiéndose hacia el Oeste, los arsácidas fueron ocupando, lentamente al principio, los territorios de Media, Persia y Mesopotamia, a los que la precaria existencia de los seléucidas, luego de Magnesia, había prácticamente relegado a una insufrible autonomía de hecho. Los partos, por tanto, eran el enemigo declarado del flamante estado armenio, realidad que se puso en evidencia cuando, tras la muerte de Tigran I, empezaron a incursionar al oeste del Lago Urmia. Entonces el monarca arsácida Mitrídates II el Grande (114-86 a.C.) se volvió contra Artaxata, con el pretexto de recuperar ciertos territorios que los armenios habían ocupado en Iberia y Media septentrional. El desenlace de la disputa acabó con el pago de tributos, la cesión de algunos distritos y la entrega en calidad de rehén de quien luego llegaría a coronarse como Tigran II el Grande (94-54).

Tigran II el Grande (o Tigranes II): los primeros años de reinado.

En las páginas de Historia podemos encontrar sendos ejemplos de estados que tuvieron su gobernante “*magno*” y Armenia, claro, no fue la excepción a la regla. Cuando la sombra parto recogía su silueta para retirarse más allá del Lago Urmia, hacia los confines de Media, Tigran II sucedió a Artavazd II y volvió a reunificar Armenia, que se había escindido tras Tigran I, en la Armenia araxiana y la Armenia eufratesa. Para asegurar su frontera occidental, Tigran II se casó con la hija del rey del Ponto, Mitrídates Eupator, cuyas tierras se hallaban por el Sur y el Oeste, en contacto directo con la de los reinos helenísticos aliados de Roma. El único de dichos estados que aún no había aceptado plenamente la protección de los romanos era el reino de Capadocia y fue precisamente esta condición lo que atrajo la mirada de los aliados. El desesperado rey capadocio, Ariobarzan hizo inmediatamente un angustioso llamado de auxilio que fue rápidamente contestado desde Italia. Las tropas pónicas, apoyadas por regimientos armenios, fueron puestas en fuga y así, amargamente, terminó la primera experiencia expansionista de Tigran II.

El revés experimentado en Capadocia no desalentó, sin embargo, al monarca armenio en su intento por levantar una Gran Armenia. Inmediatamente después de la desafortunada aventura, Tigranes se volvió hacia Oriente, adonde logró vencer al inveterado rival de Partia, lo que le significó la conquista de Media septentrional (o Media Atropatena), el Kurdistán y algunos territorios de la alta Mesopotamia³⁰. Inclusive tuvo lugar una incursión contra la misma Ecbátana, que el monarca armenio conmemoró emitiendo monedas con su efigie y la inscripción “rey de reyes”.

Luego, en el 83 a.C., aprovechando el mal momento que atravesaba el Imperio Seléucida, reducido por entonces a Siria y a una estrecha franja de Palestina, se presentó

la corte armenia, escapando de los romanos. En la actualidad sus ruinas se yerguen a unos veinte kilómetros al sur de Erivan.

³⁰ Para avanzar contra los partos, Tigranes supo esperar pacientemente el mejor momento para iniciar la campaña: la muerte del gran monarca de partia, Mitrídates II, acontecida en el 86 a.C.

ante las murallas de Antioquia. Los intimidados seléucidas hubieron de reconocer su soberanía, ofreciéndole junto con la corona, todos los territorios que aún poseían, incluida Cilicia y el litoral Mediterráneo³¹.

La serie de éxitos alentó a Tigranes a erigir una nueva capital, acorde con la fama que el monarca había logrado para sí y para su reino. Además, Artaxata, ubicada al norte del país, se hallaba demasiado lejos de los puntos neurálgicos por donde se desarrollaban los principales acontecimientos de esa época, por lo que su abandono se tornó una necesidad. El lugar elegido para la nueva sede se encontraba al norte de Nísibe y al este de Amida, y la ciudad fue bautizada con el nombre de Tigranocerta (Tigranakert) en honor a su fundador. Para lograr su desarrollo, Tigranes deportó a numerosas familias griegas del Asia Menor, como a otras procedentes de Siria, Asiria, Gordio y Mesopotamia, además de obligar a los notables de su reino a mudar su residencia de Artaxata en beneficio de la flamante capital. Se construyeron numerosos edificios, establos y palacios, mientras que la residencia real fue situada en los suburbios, rodeada de un parque con lagos ratificales y protegida por una poderosa fortificación. Tigranes completó el cuadro mediante la adopción del fastuoso ceremonial y la pompa de las antiguas cortes persas de los aqueménidas, aunque el monarca era un fanático de la cultura griega³². Tigranocerta, cuenta la tradición, llegó en un punto de su corta duración, a rivalizar en belleza con ciudades de la talla de Babilonia o Persépolis, aunque su rápida ascensión fue tan fulgurante como su abrupta caída: hoy los arqueólogos todavía siguen discutiendo el sitio exacto de su ubicación, situándola algunos, inclusive, al noroeste de Nísibe, muy cerca de Edesa.

Entretanto, al Oeste, las pretensiones de Mitrídates, el suegro de Tigran, habían empezado de nuevo a ocasionar problemas con los romanos. Por un lado, el soberano del Ponto amenazaba el comercio marítimo, subvencionando la actividad de los piratas en el Egeo y el Mar Negro, y por el otro, proyectaba cada más sin ningún pudor sus pretensiones sobre el Reino de Bitinia, el cual, por testamento, debía ser cedido, como Pérgamo, a Roma. Mientras vivió Silas, Mitrídates, contenido, se preocupó por no enviar señales que pudieran ser interpretadas como desafiantes por la gran metrópoli de Italia. Pero con la muerte de aquél, los motivos que aconsejaban respeto y mesura por parte de los pónicos, se relajaron. Mitrídates entonces cayó sobre las guarniciones romanas que venían para hacer cumplir el testamento del último soberano de Bitinia, y la guerra arreció nuevamente sobre las regiones septentrionales de Asia Menor.

Correspondió a Lúculo, uno de los jefes senatoriales, hacer frente a la amenaza que representaba el rey del Ponto. Tanto la superioridad numérica de sus enemigos, como el difícil terreno representaban un desafío para el general romano, quien sin embargo no se dejó intimidar. Haciendo uso de sus dotes de estrategia, pronto consiguió hacer retroceder a Mitrídates en dirección al Mar Negro, y finalmente expulsarle del país.

Mitrídates buscó entonces refugio en la corte de Tigranes, quien para ese entonces estaba tan encandilado por sus éxitos militares contra los partos, los seléucidas y los

³¹ Con todo, la existencia de los últimos fragmentos del otrora extenso Imperio Seléucida fue garantizada por los romanos frente a las aspiraciones de Tigranes de Armenia, hasta que Pompeyo convirtió a Siria en provincia romana (64 a.C.)

³² Estaba imbuido en tal adoración, por la influencia que ejercía sobre él, su esposa Cleopatra, de procedencia helena, hija de Mitrídates Eupator, rey del Ponto.

íberos que no atinó a darse cuenta del problema en que su suegro le había metido. Del otro lado, entretanto, los romanos se relamían de felicidad: el ingenuo monarca de Armenia les había dado la excusa ideal para que las legiones pudieran por vez primera en la Historia, cruzar el Eúfrates.

Capítulo 6: Tigran II el Grande; gloria y ocaso.

La batalla de Tigranocerta (69 a.C.)

El general romano enviado para perseguir a Mitrídates Eupator hasta su refugio en la corte Armenia, fue precisamente aquél que le había puesto en fuga en los campos de batalla de su reino en el Ponto. Licinio Lúculo³³ se dirigió pues hacia el Este y pidió a Tigranes que le cediera al fugitivo, a lo cual el rey armenio se negó de plano, motivo por el cual los romanos resolvieron marchar contra sus tierras.

Provisto de una fuerza numéricamente insuficiente para el objetivo que se había propuesto, Lúculo invadió el reino, luego de saquear detenidamente los territorios del otrora gran estado del Ponto. Tigranes, que estaba realizando una expedición por Fenicia, fue puesto al tanto de la noticia de la invasión, que tuvo lugar finalmente sin mediar una declaración de guerra previa. Trató de organizar como pudo la resistencia en su país, pero los romanos se le volvieron a adelantar cuando Sextellus, con la vanguardia del ejército romano, destruyó a una fuerza de 3.000 jinetes, comandada por un lugarteniente de Tigranes, Mihrbarzan, que había sido comisionado para detener a los invasores. A partir de entonces, la situación se torno sumamente precaria para el monarca armenio, sobre todo por la velocidad del avance romano. Sin la capacidad para reorganizar sus fuerzas, Tigranes optó por la huída, como una manera de ganar tiempo para preparar el contraataque. Lúculo no le persiguió sino que dio media vuelta y marchó contra la flamante capital armenia de Tigranocerta, a la que puso sitio mientras parte de sus tropas saqueaban los suburbios y tomaban los palacios situados extramuros.

Con recursos todavía enormes y habiendo recibido refuerzos de los aliados de Iberia, Albania, Media Atropatena, Osrogena, Migdonia y Adiabana, Tigranes pudo levantar un nuevo ejército, significativamente superior a las fuerzas que estaban sitiando su capital. Contra los consejos de su suegro, Mitrídates Eupator, que le sugería una maniobra envolvente para cortar la línea de suministros de los romanos, el rey armenio se obstinó en salvar a sus tesoros y esposas, que habían quedado en el interior de su capital. Gracias a una maniobra de su caballería pudo abrir una brecha entre los sitiadores y sacar, al resguardo de la oscuridad de la noche, a sus mujeres y parte de sus valiosas pertenencias. La pequeña victoria le alentó luego a ponerse al frente de su ejército para romper definitivamente el cerco. Lúculo, dándose cuenta de lo precario de su situación, dejó a su lugarteniente Murena, con una reducida fuerza para vigilar la ciudad³⁴ mientras él, con el resto de las tropas, partía para enfrentar a Tigranes.

³³ Licinio Lúculo era por entonces, el gobernador de Asia y Cilicia.

³⁴ Obviamente, al dividir sus fuerzas, el objetivo de Lúculo era no quedar atrapado entre los sitiados y las fuerzas de socorro que comandaban Tigranes y su suegro, Mitrídates.

Las fuentes que se disponen no son muy confiables a la hora de cifrar los efectivos de cada bando. Los historiadores contemporáneos, especialmente aquéllos que simpatizaban por nacionalidad o afinidad cultural con el bando de los vencedores, pusieron cifras siguiendo la ineludible tendencia de exagerar la magnitud de los ejércitos enemigos como una manera de aumentar la gloria del propio bando. Así, por ejemplo, Amiano estima en 300.000 hombres el conjunto de fuerzas aliadas dirigidas por el monarca armenio, mientras que Plutarco asigna entre diez y veinte mil hombres a los efectivos congregados por Lúculo para enfrentarles. Las cifras reales, seguramente, estuvieron muy por debajo de aquéllas: por el lado de los romanos, quince mil legionarios, apoyados por diez o quince mil aliados capadocios, en su mayoría, auxiliares de caballería; por el lado armenio, setenta u ochenta mil hombres en total, pero no más que eso. Todo lo cual implicaba una superioridad de tres a uno a favor de Tigranes, motivo suficiente para que el monarca armenio decidiera plantarle cara a los estandartes romanos.

La batalla de Tigranocerta tuvo lugar el 6 de octubre del 69 a.C. La iniciativa correspondió a Lúculo, quien condujo a dos cohortes colina arriba de un cerro, desde cuya cima se tenía una visión estratégica del campo. Luego los legionarios, descendiendo en formación de batalla, cayeron con el peso de su inercia sobre la caballería enemiga, que huyó desordenadamente, precipitándose sobre las líneas de su propia infantería. La batalla de Tigranocerta, que abrió a los romanos las puertas de la capital de Tigranes, ha sido ensalzada inclusive por los propios historiadores armenios como una de las mejores victorias de la historia militar romana.

A continuación lo que las armas armenias no habían conseguido en el campo de batalla, lo logró el propio comportamiento de Lúculo. El general romano, que había impuesto una férrea disciplina a sus soldados, no se privaba de nada respecto al botín logrado. A la vista de los desmanes que cometía su general, acaparando caravanas de camellos y arcones llenos de tesoros, los legionarios, que tenían prohibido recoger botín, comenzaron a desarrollar una agria animosidad hacia su jefe, que se fue agravando a medida que el invierno se acercaba. Sumado lo anterior a la aparición de bandas armenias que comenzaban a hostigar a las guarniciones recién establecidas, se hizo evidente que las horas de Lúculo como conquistador de Armenia estaban contadas. Tuvo lugar poco después (68 a.C.) otra batalla en las cercanías de la antigua capital de Artaxata, donde los aliados asiáticos pusieron en serios aprietos a los romanos, pero nuevamente, la temeridad de Lúculo acabó salvando una jornada que, de otra manera, hubiera terminado en desastre para los romanos. Cuando llegó finalmente el invierno, las legiones se retiraron hacia Mesopotamia³⁵ para pasar a continuación al Asia Menor. Mitrídates y Tigranes descendieron de sus escondites en las montañas y no tardaron en recuperar sus dominios, lo que ocasionó la caída en desgracia de su adversario, a quién los senadores romanos bajaron inmediatamente el pulgar³⁶ en señal de condena por tan temeraria decisión.

³⁵ En Migdonia, los romanos tomaron la ciudad de Nísibe, cuyo gobernador era hermano de Tigranes. Lúculo pretendió luego marchar contra los partos, pero a la vista del deplorable estado en que se encontraban sus fuerzas tras la campaña de Armenia, resolvió retornar al Asia Menor.

³⁶ Lúculo se había hecho de numerosos enemigos como general de Oriente, al tratar de poner coto a la corrupción de los funcionarios romanos, que literalmente saqueaban con sus exacciones a los habitantes del Asia Menor. El plan de sus enemigos era sobornar a algunos elementos del senado para lograr la destitución del vencedor de Tigranocerta, con lo que tendrían de nuevo vía libre para desarrollar su acostumbrada rapiña sobre las poblaciones helenas de Anatolia, Bitinia, Pérgamo y Capadocia.

La influencia griega en Armenia

Para cuando Tigran II el Grande ocupó el trono de Armenia (94 a.C.), con la complacencia de los partos, la presencia griega en el Cercano Oriente llevaba unos dos siglos y medio irradiando helenismo a diestra y siniestra. Ciertamente es que la proximidad del estado de los partos había hecho su trabajo también en el reino de Tigran, donde la terminación *ian* de los apellidos armenios en realidad era un genitivo plural iranio³⁷. La influencia irania, meda, persa y parta fue prolífica en sus aportes de vocablos y terminaciones, pero, tras el advenimiento de Alejandro Magno, decayó al mismo tiempo que el helenismo cautivaba las mentes de gobernantes y artistas armenios. Bajo el reinado de Tigran II, así como en tiempos de sus antecesores, las tradiciones iránias habían inundado los ritos y el fasto de la corte y se notaban especialmente en la manera de vestirse. Tigran, por ejemplo, acostumbraba emplear una gran tiara recargada con piedras preciosas, que utilizaba tanto en las ceremonias, como en las batallas y en las batidas de caza. Para la vida palaciega solía vestir una larga túnica blanca y púrpura, además de portar sobre su cabeza, la citada tiara.

Pero fue su casamiento con la princesa pónica Cleopatra, hija de Mitrídates, el esplendor del reino del Ponto y el polo de atracción que era la ciudad de Antioquia con su corte de seléucidas, lo que impulsó la difusión de la cultura helena. Desde el momento en que Cleopatra se convirtió en reina de Armenia, la influencia griega se manifestó a través de la construcción de teatros, adonde las representaciones de obras eran realizadas por actores griegos traídos especialmente. Había también griegos entre los cronistas establecidos en la corte del gran rey, cuya función era divulgar en su lengua, a través de manuscritos, las obras y logros de Tigranes. Enclavada en el medio de dos culturas tan disímiles, Armenia seguía buscando su propia identidad tomando aquéllos elementos que más le deslumbraban de sus vecinos, iránios al Este, helenos y ahora romanos, al Oeste.

Capítulo 7: Armenia, provincia romana.

Pompeyo y el poder romano en Oriente.

La retirada de Licinio Lúculo de los territorios allende el Eúfrates fue la señal que Tigranes y Mitrídates tanto habían esperado para lanzar la contraofensiva. Las legiones romanas, que habían temblado más por el efecto del frío y de las nevadas del implacable invierno armenio que otra cosa, regresaron a sus bases en Asia Menor, no sin antes sufrir el hostigamiento de los nativos. A poco, la retirada se fue tornando en desbande, a medida que los armenios y los pónicos mataban y asesinaban a los rezagados o distraídos. Las bajas romanas durante el trayecto desde Capadocia hasta Pérgamo llegaron a ser más numerosas inclusive que las que Lúculo había sufrido en el campo de batalla de Tigranocerta. Tamaña debilidad fue el factor decisivo que determinó el regreso de Mitrídates a sus dominios en el litoral del Mar Negro, de dónde aquél le había expulsado antes de la invasión a Armenia. Tigranes, por su parte, recuperó todos los territorios que los romanos habían ocupado entre el Eúfrates y el Tigris, incluida su

³⁷ Por ejemplo, Thorossian, de la familia de Thoross.

capital y algunos distritos de Siria, frutos de su campaña del año 86 a.C. Era como si los romanos nunca hubieran invadido esas latitudes.

La revancha, que la asamblea romana había negado a Lúculo al destituirle, fue asumida como un reto personal por Pompeyo, un antiguo partidario de Sila, a quién el dictador había apodado “*Magno*” como una manera de ironizar la sed de gloria del joven advenedizo. Hasta entonces, la carrera militar de Pompeyo le había llevado a probar la amargura de la derrota tanto como el éxtasis de la victoria. Pompeyo había luchado en sus inicios contra Sartorio y los celtíberos, en España, de quienes había aprendido las tácticas de la guerra de guerrillas sobre formaciones convencionales como las que habitualmente empleaban los romanos. También había combatido y exterminado una fuerza fugitiva de esclavos gladiadores fieles a Espartaco, lo que le valió la designación de cónsul por el senado romano. Pero no fue sino la necesidad de combatir a los piratas que asolaban las costas y puertos del Mediterráneo lo que catapultó a Pompeyo hacia los poderes extraordinarios, que el senado muy ocasionalmente entregaba en los momentos que existía una amenaza cierta y seria sobre la salud de Roma. Con estos mismos poderes fue que Pompeyo salió de Italia para reemplazar a Licinio Lúculo³⁸.

Ya en el Asia Menor, Pompeyo trazó su estrategia que sindicaba al reino del Ponto como su primer objetivo³⁹. Las fuerzas, los recursos y los poderes que disponía el cónsul eran significativamente superiores en comparación con los que había tenido su predecesor, de modo que cuando se inició la campaña en el 66 a.C., los aliados armenios y pónticos no tenían la menor idea de lo que se les echaba encima. Mitrídates, que hacía tan solo unos meses había retornado a sus dominios, tuvo que entregarse a maniobras evasivas, conciente de la superioridad numérica de su adversario. Finalmente, cuando estaba arrinconado en el litoral de Paflagonia, escapó hacia Armenia para salvar su vida, dejando a sus espaldas una nueva provincia romana sobre lo que fuera el otrora glorioso reino del Ponto. Agónicamente, los últimos fragmentos supervivientes de los tiempos de Alejandro Magno, se iban hundiendo entre la impotencia y la desazón, ante el implacable avance de las legiones romanas.

Habiendo puesto a Mitrídates en fuga, a Pompeyo no le quedó otra alternativa que aprestarse para perseguirle. Y dado que Tigranes accedió nuevamente a dar asilo a su pariente, Armenia volvió a quedar en la mira del nuevo general romano. Para la invasión de Armenia, Pompeyo se alió con los partos y con uno de los hijos de Tigranes, que llevaba el mismo nombre de su padre. Los aliados romanos ingresaron primero en Armenia, marchando contra Artaxata para ponerle sitio y obligando a Tigranes a escapar nuevamente hacia las montañas. Pero los problemas surgidos en el país de los partos determinaron que Tigran el Joven quedara solo en la lucha contra su padre. Vencido sin atenuantes, debió acudir al campamento romano en busca de ayuda para conservar su posición.

³⁸ Existe una anécdota según la cual, Pompeyo y Lúculo se encontraron en un poblado de Galacia, inmediatamente después de la destitución del segundo por la asamblea romana. Acorde con la misma, el contacto fue dramático tanto más por cuanto debieron intervenir los amigos de cada uno de los rivales, para evitar que los altos dignatarios romanos se fueran a las manos.

³⁹ Las fuerzas congregadas para la invasión del Ponto, se acuartelaron en Cilicia, en el 66 a.C. para pasar el invierno. La estancia en dicha región permitió a Pompeyo ganar tiempo para mantener relaciones diplomáticas con los partos de Mesopotamia, a quienes tenía pensado emplear para una invasión conjunta (un avance en “pinzas”), contra las provincias de Tigranes.

Ante la noticia de que las cohortes habían dejado sus campamentos en dirección al Norte, Tigranes supo que había llegado la hora de negociar con el invasor. Para ese momento, el prestigio de las armas romanas era tal, que los enemigos de Roma preferían pactar y negociar un cómodo y seguro vasallaje que enfrentar los pilums y gladios de los legionarios. De manera que cuando Pompeyo se aproximaba al frente de sus tropas, el monarca armenio resolvió salirle al paso y arreglar las condiciones de su rendición. Entre éstas, y como paso previo para conservar el trono, debió acceder a retirarle el favor a su suegro, Mitrídates, obligándole a escapar hacia el mar de Azov, dónde uno de los príncipes pónicos había creado otro reino⁴⁰ en el exilio.

Armenia tras la campaña del 65-64 a.C.

Las consecuencias de la exitosa empresa liderada por el inquieto cónsul de Roma, fueron realmente determinantes para el futuro del reino de Tigranocerta. La súbita aparición de Tigranes, tiara real en mano y arrodillado ante Pompeyo, significó la rendición del mayor poder de Oriente ante los romanos⁴¹. Además de traicionar a su suegro y antiguo benefactor, Tigranes debió acceder a abandonar todas sus conquistas en Siria y a renunciar a sus pretensiones expansionistas sobre Capadocia (Pequeña Armenia) y parte del Ponto. También tuvo que comprometerse a pagar un tributo anual a los romanos, inicialmente fijado en 6.000 talentos de oro, sin contar el cargo por reparaciones de guerra. Tigran el Joven, el desleal príncipe que había ayudado a los romanos contra su padre, se vio favorecido con tierras en la Sofene⁴². El resto de su reinado, Tigran II el Grande lo haría efectivo sobre un territorio que se había retrotraído casi hasta los bordes originales del reino.

En cierto sentido, la obra de Tigranes se puede comparar con la de Alejandro Magno, obviamente en una escala mucho más reducida. Tigranes, al principio de su reinado, supo sacar provecho de la confusión reinante en las antiguas provincias del Imperio Seléucida, para duplicar y hasta casi triplicar la superficie de su reino. A decir verdad, Osrogena, Media Atropatena, Siria, la Alta Mesopotamia, Fenicia, Comagene, Cilicia y partes de Iberia pudieron ser conquistadas por la debilidad reinante en los estados vecinos más que por méritos propios. Quizá el mayor logro de Tigranes haya sido retardar la expansión de los partos hacia el Oeste, dando tiempo a los romanos para establecerse con firmeza en Asia Menor oriental y Siria. Esto es todo cuanto se puede afirmar sin entrar en el campo de las especulaciones.

⁴⁰ Los últimos instantes de la vida de Mitrídates no estuvieron a la altura de la existencia que había llevado el gran rey. Perseguido por las legiones romanas hasta los confines de Armenia y más allá aún, hasta Iberia, solo se pudo salvar de caer en manos de los legionarios por el temor de éstos últimos a seguir avanzando por regiones llenas de tribus hostiles. Establecido el anciano monarca en las tierras de Farnaces, su hijo, pronto cayó en desgracia. Farnaces no estaba dispuesto a compartir el poder con su padre y le hizo encarcelar. Sabedor de que su final se aproximaba, Mitrídates obligó a sus mujeres a beber veneno de una copa, para finalmente él hacer lo mismo. Pero su inmunidad contra el veneno no le dejó otro camino que ordenar a un guardia que le cortara la cabeza. El viejo y astuto rey moría a los sesenta y ocho años (63 a.C.), en medio del regocijo de los romanos. Pompeyo se enteró de la noticia cuando estaba en Palestina, sofocando una nueva rebelión de los macabeos.

⁴¹ Recordemos que Tigranes había vencido y hecho retroceder a los partos de Media Atropatena y la Alta Mesopotamia, por lo que su caída en desgracia cebó a los partos en su sed de tomarse desquite.

⁴² Aunque tiempo después, sus intrigas por el trono armenio hicieron perder la paciencia a Pompeyo, que lo llevó encadenado a Roma.

La expansión lograda por los armenios bajo Tigranes hizo ganar prestigio al reino, más no cohesión. Bajo su autoridad, y en el momento de mayor esplendor, llegaron a convivir asirios, caldeos, medos, persas, griegos, hebreos, fenicios, iberos, albanos, gálatas y los propios armenios, demasiados ingredientes para una mezcla de la que se esperaba un mínimo de consistencia como requisito previo para lograr algo de identidad. Si a Alejandro Magno la muerte le privó de la oportunidad de demostrar sus dotes de administrador, en el caso de Tigran II fue la creciente estrella de Roma la que se ocupó de señalar hasta dónde tenía el líder armenio las manos libres para moverse en ese sentido. Tras 64 a.C., Armenia se convirtió en un estado vasallo de Roma y los últimos años del reinado de Tigranes transcurrieron sin pena ni gloria, bajo el peso de los recuerdos de una época que había sido tan prolífica como breve.

Capítulo 8: Oscilando como péndulo entre partos y romanos.

Los últimos años de Tigranes. La batalla de Harran.

Cuando Pompeyo concluyó su campaña contra Mitrídates y Tigran II, la faz del Cercano Oriente había cambiado por completo. De los territorios que una vez integraran el imperio de Alejandro Magno únicamente quedaban distritos dispersos, cuyos vacilantes reyes y señores, se hincaban de rodillas cada vez que aparecía un notable romano para reclamar el tributo comprometido. La rama seléucida de Siria, representada al final de su existencia por dos indolentes candidatos, Antíoco XIII (69-64) y Filipo II (67-64)⁴³, terminó sus días como una flama apagándose lentamente. Pompeyo le asestó el golpe de gracia cuando, destituyendo a los dos ineptos soberanos, convirtió a Siria, con la gran metrópoli de Antioquia como capital, en provincia romana.

Hacia el Sur, la suerte tampoco había acompañado a los descendientes de otro de los generales de Alejandro, Ptolomeo I Sóter (305-285). Del mismo modo que en Asia Menor y Siria, en Egipto los romanos también habían empezado a incursionar en los asuntos de estado del reino egipcio de los Lágidas y el punto culminante de dicha intervención sobrevendría en tiempos de Cleopatra (51-30). En Anatolia, entretanto, los reinos helenísticos que habían surgido aprovechándose de la debilidad de los seléucidas, como Pérgamo, Rodas y Bitinia, habían ido gradualmente cayendo sin resistencia, y en ocasiones por propia voluntad, bajo la dominación romana. Y más allá del Eúfrates, donde una vez reinaran los seléucidas de Siria, se había establecido una dinastía irania, los arsácidas, cuyos hábiles jinetes partos⁴⁴ se enseñoreaban sobre las viejas provincias

⁴³ Antes de Filipo II y Antíoco XIII, la línea dinástica creada por Seleuco I Nicator (305-281), se había tornado en un verdadero caos de aspirantes al trono y emperadores simultáneos. La zaga: Antíoco VIII Gripos (125-96), Antíoco IX (116-95), Seleuco VI (96-95), Demetrio III (95-88), Antíoco X (94-83), Antíoco XI (94) y Antíoco XII (87-84), ya de por sí muy convulsionada a causa de la intromisión de los romanos en los asuntos dinásticos, había sido interrumpida por la irrupción de Tigran II el Grande, cuya soberanía sobre Siria se extendió desde el 84 al 69 a.C.

⁴⁴ La táctica de combate de los partos iba de la mano con la habilidad de este pueblo en el uso del arco y del caballo. Los partos eran excelentes jinetes que, en batalla, solían fingir la huida para generar tras de sí una frenética persecución. Luego, cuando el enemigo se figuraba la victoria, aquéllos giraban súbitamente para disparar por encima del hombro una mortal nube de saetas, que paralizaba a sus perseguidores. En cambio, cuando el turno de la persecución le correspondía a los partos, muy pocos fugitivos conseguían escapar con vida. Esto, debido a que cuando los jinetes arsácidas entraban en combate, lo hacían llevando a todos sus caballos, de manera que siempre tenían uno de refresco.

alejandrinas de Mesopotamia, Media, Partia, Carmania, Drangiana, Gedrosia y Aracosia. Al desaparecer el reino del Ponto y retrotraerse Armenia, todo fue romano al Oeste del Eúfrates.

En el año 61 a.C., Pompeyo hizo su entrada triunfal en Roma, paseándose en medio de una caravana junto con ingentes cantidades de metal precioso, tesoros incalculables y obras de arte, nunca vistas hasta ese momento por los azorados habitantes de la pujante metrópoli. La gran mayoría de las riquezas procedía de Siria, el Ponto y Armenia, y su brillo seguramente debió encandilar a Craso, quien junto a Julio César y el vencedor de Mitrídates, integrarían una peculiar forma de gobierno, el triunvirato, para compartir la administración de Roma (60 a.C.)⁴⁵. Hacia el 59 a.C., los triunviros se repartieron el poder así como sus órbitas de influencias: Pompeyo se quedó en Roma, Julio Cesar marchó a Galia y Craso se trasladó, deslumbrado por el oro de Oriente, a Siria.

El desembarco de Craso en Siria tuvo lugar probablemente un año después. El ambicioso triunviro no tardó en sentir envidia de las campañas que su colega, Julio César, estaba realizando en la Galia de los celtas. Sus sueños de convertirse en dictador único solamente llegarían a cumplirse si a sus abarrotadas arcas sumaba una buena dosis de gloria militar como paso previo a poseer un ejército adicto. El problema era que en el Cercano Oriente, como se indicó más arriba, estaba “todo conquistado”... excepto el reino de los partos. Y contra éste decidió marchar el inescrupuloso dictador, sin la autorización del senado para declarar la guerra⁴⁶.

En Armenia, mientras tanto, el desprestigiado Tigranes, aislado de sus viejos aliados y extenuado a causa de tantos años de guerra ininterrumpida, había asociado al trono a su hijo, Artavazd II (55-34), a quién gradualmente había ido cediendo el poder. Enterado de la campaña que Craso estaba preparando contra los partos, Artavazd se presentó ante el triunviro como un dócil aliado, ofreciéndole su territorio como plataforma de lanzamiento de la nueva expedición. Sin saberlo, el nuevo monarca armenio se estaba prestando al juego de intereses que las dos grandes potencias llevaban adelante para tratar de avasallar a la otra. Una política vacilante que llevaría a la dinastía creada por Artaxias I a correr en un futuro cercano la misma suerte de los seléucidas y lágidas.

La oferta de ayuda militar (6000 jinetes auxiliares) y la cesión de sus territorios para que las legiones pudieran ingresar al reino parto sin tener que padecer las rigurosas inclemencias del clima desértico, formuladas cuidadosamente por Artavazd a oídos de Craso, fueron desechadas de plano por el soberbio triunviro romano. En lugar de ello, Craso resolvió marchar contra sus enemigos, directamente a través del desierto y acceder a Partia, por Mesopotamia en lugar de Armenia. A la postre sería una pésima elección. Mesopotamia no era Galia ni él tenía las dotes militares de Julio César. Muy

⁴⁵ La época del Triunvirato es también la época de oro de Cicerón, el mayor enemigo de los triunviros y excelso orador del Senado. Luego de echar por tierra con los planes de Catilina, un libertino patricio que aspiraba a convertirse en dictador, llegó a ser declarado por el estado romano como *pater patriae* (padre de la patria). La formación del triunvirato compuesto por Pompeyo, Craso y Julio Cesar (poder, ambición e inteligencia) fue demasiado para el pobre Cicerón, aunque nunca dejó de azuzar con sus discursos a los nuevos dictadores, ni siquiera cuando la asamblea decretó su destierro.

⁴⁶ En los últimos tiempos de la República, cuando la figura de los dictadores comenzó a pesar cada vez más, la formalidad de la declaración de guerra, que era una atribución del senado, pasó a ser un anacronismo.

pronto, las legiones comenzaron a padecer horriblemente a causa de la sed y de las tormentas de arena. Caminaban sin detenerse, dando vueltas como almas en pena por el desierto de Mesopotamia septentrional, pero ni siquiera en espejismos veían al enemigo. En la vanguardia, el hijo de Craso, Publio intentaba mantener la moral en alto y el orden. Pero cuando finalmente la caballería parta le plantó cara, disparando una nube de mortales flechas, el caos cundió entre los desesperados romanos. Publio cayó muerto en el campo de Harran (o Carran), y su cabeza, puesta en la punta de una pica, fue paseada por los jinetes arsácidas frente al cuerpo principal del ejército romano, adónde Craso no podía salir de su sorpresa. La jornada pronto se convirtió en desastre, aunque el triunviro pretendió salvarla, conduciendo hacia las montañas de Armenia a los guñapos que aún subsistían de su otrora gran fuerza.

La marcha hacia el norte, sin embargo, se detuvo cuando los desmoralizados legionarios convencieron a Craso de negociar condiciones con el rey parto. Habían sufrido demasiado en el desierto mesopotámico y en Carran, y ahora creían que sus padecimientos podrían concluir si su general cerraba un tratado con el rey arsácida. A regañadientes, Craso aceptó la proposición de sus subordinados y con una pequeña escolta, salió en busca del general enemigo. No se le volvería a ver ya. Los cebados partos, dándose cuenta que la frutilla del postre se les presentaba bajo la forma de una suplicante procesión, cayeron encima de la comitiva y la aniquilaron.

Las noticias del desastre llegaron rápidamente a la corte armenia. Con las puertas de Mesopotamia cerradas a raíz de Carran, Artavazd era conciente de que su estado estaba en vías de convertirse en el campo de batalla de las dos grandes potencias. Su política vacilante, cuyo principal objetivo era sobrevivir a costa de mantenerse fiel al bando vencedor, lo convertía en un mero títere en las manos de sus vecinos. Pero el impacto de la batalla había calado hondo en su mente: Harran era la primera revancha que se tomaba Oriente frente a Occidente, luego de las guerras médicas y del advenimiento de Alejandro Magno. Urgía, pues, volverse hacia el Este y así lo entendió el rey armenio. Su nueva tesitura quedó sellada con el casamiento de su hermana con Pecoras, el hijo de Orodes, rey de Partia.

El final de la dinastía de Artaxias.

Los cambios en el rumbo de la política exterior de Artavazd no cayeron bien en Roma, pero hasta la llegada a Oriente de Marco Antonio, los romanos nada pudieron hacer al respecto⁴⁷. Cuando éste último dio a conocer sus planes de volver a invadir Mesopotamia y vengar el desastre de Harran, Artavazd repudió su alianza con los partos y ofreció inmediatamente ayuda militar al sucesor de Julio César: la rápida reconquista romana de Siria y la expulsión de los partos detrás del Eúfrates fueron vistas por el monarca armenio como un síntoma de que Oriente nuevamente se estaba rezagando. Pero ésta vez la jugada le salió mal. Marco Antonio fue vencido por los partos y al regresar a Armenia, lo hizo con la firme convicción de que Artavazd le había traicionado. En consecuencia, le mandó a apresar junto a su familia, tras lo cual, fue conducido, cargado con cadenas de oro, a Egipto, donde Cleopatra lo exhibió en un desfile triunfal.

⁴⁷ La nueva guerra civil desatada a instancias de Julio Cesar y Pompeyo fue la causa principal de la pasividad romana en Oriente (frente a partos y a aliados indóciles).

Los últimos años de la dinastía de Artaxias se consumieron entre conjuras, traiciones e injerencias extranjeras que poco aportaron al futuro, cada vez más oscuro, del reino. Así, mientras Marco Antonio pretendía imponer a su candidato, Alejandro (34-31), los nobles armenios entronizaron a Artashes II (30-20), el hijo mayor de Artavazd II. Luego, cuando Augusto se hizo dueño de Oriente a costa de Marco Antonio y Cleopatra (batalla de Accio, 31 a.C.), uno de sus generales, Tiberio condujo al hermano de Artashes, Tigran III (20-8) desde Italia hasta Armenia, donde lo hizo coronar rey, a condición de aceptar su servilismo de por vida hacia Roma. Finalmente, al cabo de un breve interregno, interrumpido por el efímero reinado de Artavazd III (5-2 a.C.), los artaxidas se extinguieron con Tigran IV y Erato (8-1 a.C.), hijo e hija de Tigran III. El sueño de un reino independiente, como sucediera tras la debacle de Urartu, se volvía a desvanecer.

Capítulo 9: Títeres de las grandes potencias rivales.

Predominio iranio.

La extinción de la dinastía fundada por Artaxias, como hemos visto, coincidió prácticamente con la debacle del reino armenio en tanto que entidad soberana e independiente y reconoció las mismas causas, signo inequívoco de la fragilidad interna que se irradiaba desde Tigranocerta:

- Desproporción de metas (Tigranes especialmente) en relación con recursos disponibles.
- Desarrollo inconcluso del proceso de formación de identidad y conciencia nacional.
- Recelo de las poblaciones sometidas, que nunca llegarían a integrarse con el pueblo armenio (asirios, caldeos, medos, seléucidas, gálatas, capadocios, iberos, albanos, escitas, griegos, etc.), al menos en esta etapa de la Historia.
- Política ambivalente de los monarcas armenios en perjuicio de una posición neutral que, en el orden externo, hubiera dado mejores resultados.
- Injerencia de las grandes potencias de Roma y Partia en los asuntos internos del reino.
- Manipulación dinástica como medio para entronizar príncipes adictos (proceso que los romanos manejaron hábilmente tras la muerte de Tigranes).
- Disensiones entre la aristocracia local y el poder real.

La consecuencia principal de la desaparición de los artaxidas fue la instauración en el poder de una serie de príncipes advenedizos que obedecían más a los intereses de Roma que a los del pueblo que debían gobernar. Fue un periodo de gran descontento social, motivado sobre todo, por la insensibilidad y la falta de capacidad de los títeres impuestos desde Italia. Tal cual parecía, a los romanos solo les interesaba Armenia como un estado “tapón” frente a la amenaza oriental, representada por los partos.

Sin embargo, la situación no se extendería demasiado en el tiempo. Al armenio se le podía criticar por su incapacidad para cohesionarse y actuar en consecuencia, mas no

por su orgullo. Hacia el 53 de nuestra era, el pueblo, hastiado por cinco décadas de rapiña y malos gobiernos, se rebeló contra los poderes lacayos de Roma y corrió en busca de los partos. Estos respondieron inmediatamente, colocando en el trono a Trdat o Tiridates, cuya coronación marcó el nacimiento de una nueva dinastía, irania y por tanto pro-oriental, la de los Arsácidas o Arshagunís, que reinaron durante más de tres siglos.

Síntesis cronológica de los principales hechos, desde los tiempos de Urartu, hasta la ascensión de Tiridates (dinastía arsácida).

Siglo XIII a.C.:

Se establece una confederación de pueblos entre los lagos Van, Urmia y Sevan. Shalmanasar I, monarca asirio, lanza una expedición militar contra tales tribus, que alcanza, inclusive la capital, Arinna.

Siglo XII a.C.

Establecimiento del reino de Urartu.

865 a.C.

Los asirios, acaudillados por Asurnasirpal II (884-858) invaden Urartu y asedian Tushpa (actual Van), la capital.

750 a.C.

Los urarteos acceden al litoral del Mar Negro, tras someter a los Taochi y establecer contacto con los griegos a través de la ciudad de Trebizonda (Trapezunte).

714 a.C.

Sargón II de asiria derrota al monarca urateo Rusa en Sahend. Invasiones de Cimerios y Escitas.

696-695 a.C.

Los cimerios destruyen el reino de Frigia, capturando Gordio, la capital.

614 a.C.

Toma de Asur por los medos de Ciaxares. Nínive en llamas.

612-609 a.C.

Reinado de Ashshuruballit, último rey asirio. Caída de Harran.

600 a.C.

Algunas bandas de frigios llegan a territorios de Urartu, en las proximidades del lago Van.

595 a.C.

Ciaxares somete Urartu al dominio de los medos.

605-562 a.C.

Babilonia en la cima de su apogeo. Reinado de Nabucodonosor II.

549 a.C.

Ciro II el Grande vence a los medos y conquista Ecbátana.

522-486 a.C.

Darío, rey persa, menciona oficialmente a Armenia en un texto Oficial (inscripción de Beisthún).

331 a.C.

Batalla de Gaugamela. Alejandro Magno somete Persia.

323 a.C.

Muerte de Alejandro Magno.

322-301 a.C.

Los armenios son liberados por Orontes I o Hrant.

223-187 a.C.

Reinado de Antíoco III el Grande, emperador seléucida. Armenia es dividida en dos territorios.

190 a.C.

Batalla de Magnesia. Los romanos se imponen a Antíoco III.

188 a.C.

Paz de Apamea. Armenia obtiene su independencia de Antíoco III. Reinado de Artaxias I (190-159). Dinastía Artaxida.

141 a.C.

Los partos toman Babilonia, Uruk y Persépolis, y se apoderan de Mesopotamia.

94 a.C.

Tigran II o Tigranes es coronado rey de Armenia.

83 a.C.

Tigranes ocupa Siria, desplazando a los emperadores seléucidas.

80 a.C. (aprox.)

Fundación de la nueva capital armenia, Tigranocerta (Tigranakert).

69 a.C.

Batalla de Tigranocerta. Licinio Lúculo arrolla a los ejércitos aliados (armenios, iberos y albanos) conducidos por Tigranes.

68 a.C.

Batalla de Artaxata. Armenios y romanos reclaman la victoria.

66 a.C.

Pompeyo, el dictador romano y futuro triunviro, invade el reino del Ponto. Mitrídates se refugia en la corte armenia por 2º vez.

65-64 a.C.

Los romanos, mandados por Pompeyo, someten Armenia.

64 a.C.

Siria es convertida en provincia romana.

57 a.C.

Batalla de Harrán o Carran. Los partos destrozan al ejército romano de Craso y matan al triunviro.

1 a.C.

Fin de la dinastía armenia de Artaxias.

53 d.C.

Los partos imponen a Tiridates I (Trdat) como rey de Armenia. Se inicia la dinastía armenio arsácida de ascendencia parta.

Capítulo 10:

El Principado romano y sus territorios orientales (siglo I a.C.).

Organización política bajo Marco Antonio: sistema de estados vasallos según el modelo helenístico.

La influencia de la cuestión armenia y del peligro permanente que representaban los partos, establecidos en Mesopotamia, determinaron en gran medida la organización de los territorios romanos en Oriente durante la época del I y II Triunvirato y del Principado. A la muerte de Julio César, los romanos sentían que el asunto de la batalla de Harrán, con los estandartes romanos y las cabezas de Craso y de su hijo en poder de los partos, había quedado irresoluto. Y esa falta de resolución era precisamente lo que confería fragilidad a las nuevas conquistas al Este de Capadocia y en Siria. El establecimiento de Marco Antonio, en tiempos del II Triunvirato⁴⁸, en Grecia, sirvió para apretar las clavijas a algunos reyes clientes de Asia Menor, Siria y Palestina, que se venían mostrando empedernidamente indóciles, azuzados tal vez desde Partia. Pero todavía estaba pendiente la amenaza parta que, como una filosa daga, oscilaba entre Armenia y Siria, poniendo en serio peligro los hilos que unían tales regiones a Roma. El problema alcanzó su punto más álgido cuando en el año 40 a.C., Pacoro, hijo del rey parto Orodes, invadió Siria con la ayuda de un romano, Labieno, quién había sido legado de César en la Galia y luego partidario de Pompeyo.

⁴⁸ I Triunvirato: Pompeyo, Julio César y Craso. II Triunvirato: Marco Antonio, Octavio (en ese entonces, Julio César Octaviano) y Lépido. Instituido como una dictadura tripartita encubierta, el II Triunvirato procedió a repartir los territorios romanos entre sus integrantes: a Lépido se le entregó la Galia Narbonense e Hispania, Octavio tomó para sí las Galias Cisalpina y Comata y Octaviano debió hacerse cargo de Africa, Sicilia y Cerdeña. Italia, entretanto, se reservó como una provincia común, donde todos los triunviros estaban facultados para tomar parte de los asuntos administrativos. Tal distribución de territorios no duraría mucho, como tampoco el II Triunvirato: en un arreglo ulterior (finales del 42 a.C.), Marco Antonio y Octavio dejarían de lado a Lépido: Marco Antonio se hizo cargo de Oriente y de la Galia Narbonense, mientras que Octavio se enseñoreó de Hispania y de la Galia Cisalpina, además de sus anteriores hijuelas (Sicilia, Cerdeña y Africa). Luego, en el año 40 a.C., la situación volvió a alterarse, incorporándose Lépido nuevamente, con Africa como “dote”: sería desplazado con posterioridad por Octavio, lo que le valdría el destierro político en Circeo. Para esas alturas, Octavio era dueño de Occidente y Marco Antonio de Oriente.

La presencia parta en las tierras del Orontes sacudió los lazos de lealtad que algunos reyes clientes de Roma habían jurado a los triunviros (Artavazd II, por ejemplo). En consecuencia, Octavio, que había asumido el problema como una cuestión personal, comisionó a su general, Ventidio Basso, para restituir la soberanía romana en Siria. En el año 39 a.C., Ventidio se desplazó con algunas legiones para enfrentarse a Pacoro, conciente del atiborrado expediente de derrotas frente a los persas. Las tropas, que se habían acuartelado en Cilicia, descendieron a Siria desde los montes Amánicos y el Giaour Dagh. Pacoro fue derrotado ese año, y su descalabro fue celebrado en Roma con singular algarabía: era la primera vez que se conseguía un triunfo contra aquél enemigo. Pero lo mejor llegó al año siguiente: una nueva victoria de Ventidio permitió expulsar a los partos de la provincia.

Después de la recuperación de Siria, Antonio puso su atención en Armenia, cuyo rey Artavazd II se mantenía independiente haciendo oscilar la lealtad de su pueblo hacia la potencia victoriosa de turno. En tiempos de Harran, había jurado fidelidad a los partos, duplicando la apuesta cuando Pacoro invadió Siria. Al ingresar Marco Antonio a sus dominios, luego de que Ventidio destruyera la fama de invencibles que se habían ganado los partos, a Artavazd se le cambió el semblante de la cara. Las legiones volvieron a plantar sus estandartes en Tigranocerta y Armenia fue declarada provincia romana por Antonio. (34 a.C). Poco tiempo después y antes de abandonar la región hacia Egipto, el triunviro selló una alianza con Atropatene de Media, con la esperanza de asegurar la precaria supremacía obtenida. Pero en el 36 a.C., una campaña ideada y meditada a la sombra de sus crecientes ambiciones políticas, hizo que Octavio equivocara los cálculos de logística. Los partos le derrotaron estrepitosamente y el ahora duunviro debió tomar el camino de Armenia para salvar la jornada. Fue en cierta forma, el desquite soñado de Artavazd, quien nuevamente se entregó al juego de lealtades para restablecer la independencia de su reino: como antes, ahora volvió su mirada complaciente hacia Partia.

La actitud ambivalente del monarca armenio, que atentaba contra los planes que Marco Antonio tenía reservados para Oriente, agotó la paciencia del duunviro. En el 36 a.C. el cónsul oriental se trasladó a Asia Menor y aguardó en Nicópolis a que Artavazd le aceptara una invitación para visitarle en aquella localidad. Según la misma, el rey armenio debía desplazarse hacia el Oeste, para arreglar con aquél la propuesta de casar a una de sus hijas con Alejandro Helios, hijo de Marco Antonio y Cleopatra. Pero cuando el desprevenido rey hubo llegado con su familia, el duunviro le apresó y, cargándolo con cadenas, lo despachó hacia Egipto. Allí le esperaba Cleopatra para someterlo a una nueva humillación: un desfile triunfal por las calles de Alejandría.

Inmediatamente después de la caída en desgracia del hijo de Tigranes, Marco Antonio se decidió a poner en práctica sus planes organizativos sobre la mitad oriental del estado romano. En su mente, el duunviro tenía la idea de regenerar el sistema de estados vasallos de estricto corte helenístico, sometidos a Roma, pero reconociendo la preeminencia de Cleopatra y de Cesarión⁴⁹. Para ello tenía pensado utilizar a los hijos de su matrimonio con la reina de Egipto: Alejandro Helios, aquél usado como carnada para atrapar a Artavazd, debía reinar en Armenia y Partia (aún no conquistada), Ptolomeo en Fenicia y Cilicia y Selene, sobre Cirenaica. Cleopatra y Cesarión

⁴⁹ Cesarión era el hijo que Julio César había tenido con Cleopatra.

continuarían dictando su voluntad en Egipto, con el ascendiente antes descrito sobre los demás. Demasiado bueno para que el sueño se hiciera realidad: en septiembre del 31 a.C., la derrota sufrida por Marco Antonio y Cleopatra en Actium, frente a Octavio, estableció un nuevo orden de cosas, que no incluía, por cierto, a ninguno de aquéllos. El principado estaba a la vuelta de la esquina y el imperio, un paso más allá.

El turno de Augusto (Octavio).

Cuando Octavio se hizo cargo de las riendas del estado romano, el senado le confirió una serie de poderes y facultades en reconocimiento por la restauración del prestigio de dicha asamblea (30-23 a.C.). Príncipe en lugar de dictador, título por el que aparentaba no sentir ningún apego, Octavio pronto se consagró a la búsqueda de soluciones para el problema de los partos, que la muerte de Marco Antonio había dejado irresoluto.

El año 30 a.C. marca un punto de inflexión en la política exterior de los romanos respecto a Oriente. Esencialmente, en esa fecha se produce la caída de Alejandro Helios en Armenia, mientras que en Partia estalla una guerra civil entre Fraates IV y Tirídates (Trdat). La situación era propicia, pues, para el uso de la diplomacia, mucho más económica a la hora de obtener concesiones de rivales urgidos que una siempre insalubre y gravosa guerra, donde existía la posibilidad de que los bandos enfrentados por cuestiones dinásticas acabaran cerrando un acuerdo contra el enemigo común. Augusto (Octavio hasta el 23 a.C.), más prudente que nunca, se inclinó por la opción pacífica para remontar la cuesta que la derrota del 36 a.C., sufrida por Marco Antonio, le había dejado en su itinerario.

En Armenia, la destitución de Artavazd II, llevada a cabo por Marco Antonio en el 34 a.C. no había reforzado las posibilidades de Alejandro Helios, el hijo del duunviro. Todo lo contrario, la mayoría de los nobles veían con simpatías la entronización del hijo mayor de Artavazd, Artashes II, que era apoyado por la corte de Partia. En el 30 a.C., Alejandro Helios fue finalmente desposeído en beneficio de Artashes, cuya proximidad con los partos inquietó a Augusto. Los romanos, concientes de que Armenia se le podía escapar de las manos, jugaron su carta dinástica: Artashes tenía un hermano, Tigranes, cuyo favoritismo hacia el estado occidental estaba sustentado en su deseo de disputar la corona al candidato parto.

Cuando Artashes llevaba ocho años en el trono, los romanos finalmente se decidieron a intervenir. Su candidato en Partia, Tirídates, ya había sido vencido por Fraates IV, por lo que, el final de la guerra civil en Mesopotamia amenazaba ahora directamente los intereses romanos en Armenia. En el 22 a.C., Augusto se presentó en el Eúfrates para contender directamente con los partos, mientras su hijastro Tiberio hacía lo propio en Armenia, seguido por un poderoso ejército. No tenía, sin embargo, Augusto la idea de enfrentarse a su rival abiertamente. Estaba claro para él que los partos se hallaban sumamente debilitados como consecuencia de las luchas fraticidas y que la oportunidad para negociar era inmejorable. Y no se equivocó: Fraates IV reconoció su supremacía y como un gesto de buena voluntad, accedió a devolver los estandartes del desventurado Craso. Entretanto, en suelo armenio, Tiberio se dio con la noticia de que Artashes II había sido asesinado, por lo que no tuvo inconvenientes en coronar rey cliente a Tigranes, que ascendió al trono como Tigran III (20-8 a.C.).

El reconocimiento de la soberanía de Roma por parte de Tigran III como requisito previo para mantener su corona, puso de manifiesto que las intenciones de Augusto, en cuanto a la reorganización política de Oriente, no distaban mucho del ideal de su predecesor Antonio. Quizá la única diferencia entre ambas posturas radicaba en el hecho de que el príncipe pretendía aumentar la superficie de territorio bajo control directo de Roma⁵⁰. En ese sentido, Augusto dispuso la radicación de cuatro legiones en Siria Septentrional, para mantener bajo vigilancia la amenaza de los partos y las ocasionales disputas dinásticas armenias. Así, pues, Siria completa paso a estar gobernada por un legado de alto rango que tenía la misión de conservar las fronteras como las había dejado Augusto y Tiberio en la campaña del 22 a.C. Pero la situación, como veremos más adelante, se volvería a complicar tras la muerte de Tigran III, en el 8 a.C.

Capítulo 11: El Imperio Romano y sus territorios orientales (siglo I d.C.).

Augusto y sus sucesores.

Tras la aventura de Tiberio en Armenia se hizo evidente que a Augusto le interesaba más conservar tal territorio como un estado cliente sometido a vasallaje, que convertirlo en provincia romana, con todo el cargo en materiales y recursos humanos que ello implicaba. Así, pues, la existencia del reino armenio transcurrió hasta el final de la dinastía de los artáxidas, con sobresaltos recurrentes en el orden interno, motivados por los continuos desplantes dinásticos que la mayoría de las veces tenían su origen en la intromisión de Partia⁵¹.

En el año 14 d.C., Augusto fue sucedido por Tiberio⁵², ya que sus dos nietos, Lucio y Cayo César, habían muerto en el 2 y 4 d.C. respectivamente. La ascensión del nuevo emperador se produjo poco después de un recambio dinástico en el reino parto, que tuvo lugar en el 11 d.C., cuando Artabán III destronó al hijo de Fraates IV, Vonon o Vonones. Amigo de Augusto y educado durante su juventud en Roma, éste último había sido un soberano que se había preocupado por mantener las buenas relaciones con el

⁵⁰ Augusto, por tanto, aceptaba la existencia de reinos clientes tal cual lo había echo antes Marco Antonio. Asia Menor quedaba, pues, dividida en tres provincias (Asia, Bitinia y Cilicia), mientras que el resto de sus territorios permanecían bajo la órbita de reinos clientes (Ponto, Capadocia, Galacia y Armenia).

⁵¹ A Tigran III le sucedieron sus hijos, Tigran IV y Erato, quienes gobernarían únicamente tres años. Tigran IV, acusado de traición, sería luego desplazado por el emperador y reemplazado por su sobrino, Artavazd III (5-2 A.D.). Artavazd consiguió establecerse en el trono gracias a la ayuda de Tiberio, que había acudido al lugar para controlar que la voluntad de Augusto se cumpliera en todos sus puntos. Pero el descontento que la destitución generó entre la población, en gran medida causado por instigadores procedentes de la corte de Fraates, condujo a una guerra civil que volvió a restituir a Tigran IV y a su hermana en el trono. Sensiblemente molesto por tantos contratiempos, Augusto envió ahora a su nieto, Cayo César (hijo de Julia y Agripa), para prender al candidato del rey parto. Mas el asesinato de Tigran IV ahorró el trabajo a Cayo César, quien acabó finalmente con la revuelta, colocando en el trono a un medo, llamado Ariobarzan. Con ésto llegaba a su fin la dinastía de Artaxias, iniciándose un periodo de aproximadamente medio siglo, signado por una seguidilla de reyes extranjeros (medos, judíos, partos y georgianos).

⁵² Tiberio Claudio Nerón César había nacido en el 52 a.C. Designado sucesor por el propio Augusto, decisión convalidada por el Senado, fue un soberano cuya reputación recibió permanentemente los ataques de Tácito y Suetonio.

Imperio. Pero Artabán III no solo puso fin a la política de Vonones⁵³, sino que inclusive, alentado por la popularidad que gozaba entre algunos referentes de la nobleza armenia, se decidió a conquistar a sus vecinos del norte, objetivo que logró a medias en el 17 a.C.

La nueva alteración del orden subyacente desde que Tiberio y Augusto se apersonaran simultáneamente en el 22 a.C. en Oriente, alarmó a Tiberio y le obligó a replantearse el sistema de organización política de reinos clientes vasallos (aquella vieja idea que pusiera en práctica Marco Antonio). Su primera movida fue adueñarse del reino de Capadocia y del pequeño estado semi-independiente que subsistía en la Commagene, lo que pudo llevar adelante con la ayuda de Germánico⁵⁴.

En el año 18 d.C., Germánico se presentó en Armenia para restablecer la hegemonía romana en la región. Su candidato era Zenón (o Artashes III), hijo de Polemon, rey cliente del Ponto y de Pitidoris, a quién no tuvo problemas en colocar en el trono. Zenón (18-34 d.C.) había sido educado acorde con las tradiciones y costumbres orientales, y pronto se ganó el favor del pueblo. Su reinado de dieciséis años trajo de nuevo la paz a Armenia, hecho que no pasó desapercibido para sus súbditos. El que inmediatamente le llamaran Artashes III, en lugar de Zenón, viene a demostrar que su popularidad era tan grande que los armenios le habían adoptado como a uno de los suyos.

A la muerte de Artashes III, los partos, dirigidos por Artabán, volvieron a remontar el Eufrates y colocaron en su lugar a Arshak I, lo que ocasionó una nueva intervención de los romanos. En 35 d.C., fue enviado a la región el legado de Siria, Vitelio, quién, a cambio del reconocimiento de Artabán III como rey de Partia, consiguió el desplazamiento de Arshak I en favor de Mitrídates (35-37 y 47-51). La vuelta de Armenia al redil de reinos clientes de Roma fue uno de los últimos éxitos de Tiberio, que murió poco tiempo después. Pero no fue afortunada para Armenia la exaltación de Mitrídates, cuya autoridad procedía del reino de Kartli o Iberia (Georgia) y, por obra de Vitelio, se insertaba en la capital armenia de Artaxata o Artashat. Las devastaciones que debieron sufrir los armenios a causa de la crueldad de este tirano, terminaron cuando su nieto, Radamizd o Hradamizd (51-53), merced a un complot, consiguió adueñarse del trono y coronarse en Artaxata.

Tras la muerte de Tiberio en el 37 d.C., la política que hasta entonces había imperado respecto a la organización y administración de los territorios orientales, sufrió un nuevo cambio. Con Calígula (37- 41) se impuso de nuevo la modalidad de colocar a príncipes orientales al frente de los reinos que aún subsistían como estados clientes de Roma, y, en algunos casos, se llegaron a crear nuevos para satisfacer la oferta de candidatos. Bajo esta directriz, Rhoemetalces III se hizo cargo de Tracia, Cotyz, de

⁵³ El destino de Vonon o Vonones no está del todo claro. Según parece, después de su deposición por Artabán III, el hijo de Fraates IV corrió hacia Armenia, donde con la connivencia romana ocupó el trono en perjuicio de la inacabable Erato. Pero Vonones no era una persona popular debido a sus maneras occidentales, que había adquirido en su estancia en Roma. Los armenios le veían como a un verdadero romano, de costumbres, ritos y rutinas completamente extrañas y ofensivas a sus ojos. Ello explica la simpatía de la nobleza armenia por Artabán III de Partia y la fácil deposición de Vonones a favor de éste último.

⁵⁴ Germánico era hijo de Nerón Claudio Druso y Antonia e hijo adoptivo de Tiberio, como éste último lo había sido de Augusto (4 d.C.).

Armenia Menor, Antíoco IV de la Commagene y Polemo del Ponto, mientras que Mitrídates era confirmado en Armenia, aunque por un breve lapso⁵⁵.

En el 52 d.C. los partos aprovecharon el descontento ocasionado por la rapiña y los malos gobiernos de los reyes iberos Mitrídates y Radamizd para, por enésima vez, intentar reemplazar a Roma en el liderazgo sobre Armenia. Radamizd fue sustituido por un parto, llamado Trdat I (52-59 y 66-75), que era hermano del rey Vologeses o Valarses I de Partia. Una arremetida de Radamizd, que tuvo lugar al año siguiente, casi le hizo perder a Tirídates el trono, pero la ayuda oportuna de la extenuada población armenia hizo posible expulsar al ex monarca hacia el Norte.

La ascensión de los armenio-arsácidas.

Con Trdat I se inició en Armenia una nueva dinastía, de ascendencia irania, que estaba respaldada por la familia real parta de los Phalavid (50-90). Para ese entonces, el reino armenio de Artaxata era una especie de dique de contención frente a los intentos del Oriente parto por avanzar hacia los territorios romanos de Asia Menor. Cada vez que la corte de ese reino era zamarreada como un avispero en procura del apoyo necesario para entronizar un nuevo soberano, en Roma sonaba la alarma. Y en el 53 d.C., el timbre sonó realmente fuerte.

Los romanos (Nerón muy pocas veces mostró algún interés por la política exterior de su Imperio) comisionaron al legado Domicio Corbulón la ardua tarea de recuperar la iniciativa en los territorios de Artaxata. No iba a ser una empresa fácil, puesto que Trdat contaba con el apoyo irrestricto de su hermano Vologeses. Con todo, Corbulón, como la mayoría de los gobernadores imperiales de su tiempo, era una persona capaz y obstinada. Disponía de las tres legiones acantonadas en la provincia de Siria para acometer su misión. En el año 58, aprovechando que Vologeses estaba combatiendo en la frontera oriental de su reino, el legado romano invadió Armenia, expulsó a Trdat y convirtió al reino nuevamente en provincia romana. La incursión de castigo fue realmente brutal; durante su transcurso, el general romano prendió fuego a los suburbios de la capital armenia y toda la ciudad ardió hasta quedar en ruinas. Conquistada luego Tigranocerta, Cesennio Peto fue puesto al frente de la administración provincial, pero en el año 65, Vologeses le expulsó, restableciendo en el trono a su hermano.

Correspondió una vez más a Domicio Corbulón la tarea de regresar a Armenia con sus legiones a fin de salvar los laureles para Roma. Sin embargo, en esta ocasión, el asunto se resolvió diplomáticamente, cuando Trdat I accedió a deponer su corona y desplazarse a Italia para recibir la diadema en la propia Roma, de manos de Nerón. Regresó poco después a Armenia como rey cliente de Roma, llamándose ahora Tirídates⁵⁶. Entretanto, mandaba a reconstruir a Artaxata, que en adelante se llamaría Neronia en honor del emperador. En lo que restaría de su reinado, Tirídates gobernaría

⁵⁵ Mitrídates sería al poco tiempo removido de Armenia, quizá para la misma época en que Antíoco IV sufría la misma suerte en la Commagene. Más tarde, en el 41 d.C., Claudio le volvería a confirmar en el puesto.

⁵⁶ La coronación de Trdat II tuvo lugar primero, de manera simbólica, en Armenia, donde el rey de ascendencia parta debió arrodillarse frente a una imagen que representaba a Nerón. En esa posición procedió a quitarse su antigua corona y depositarla a los pies de la imagen, para luego volverla a colocar sobre su cabeza. A la distancia, Corbulón y sus legiones supervisaban la extraña ceremonia.

en paz, asegurando con ello un período de calma entre las dos potencias vecinas, que se extendería a lo largo de los siguientes diez años (pese al suicidio de Nerón en el 68 d.C.). A excepción de una salvaje incursión de los alanos, en concurso con otras tribus del Cáucaso, ya nada perturbaría su reinado hasta el 75 d.C., fecha de su muerte.

Capítulo 12: Armenia en el siglo II d.C.

Campo de batalla entre Trajano y Cosroes II.

Cuando Trajano ascendió al trono en el 98 d.C., la administración del Imperio Romano recayó ante todo en las manos de un soldado. Bajo su reinado, fueron incorporados Dacia y el antiguo reino Nabateo, aunque, como de costumbre, la lucha más onerosa y extenuante tuvo lugar en Mesopotamia septentrional y Armenia. Siempre expectantes ante cualquier perspectiva de debilitamiento de los odiados romanos, los partos hallaron la ocasión de recuperar su protagonismo en Armenia, al término de las guerras dácicas de Trajano. Entonces, el desgaste provocado por las dos campañas del emperador contra Decébalos, aunque se había visto largamente compensado con ingentes botines y esclavos, había determinado un cierto relajamiento de la presencia latina en el Cercano Oriente. Cosroes II, el rey de Partia, aprovechó pues la ocasión para volver a alterar el devenir dinástico de Armenia, al colocar a uno de sus sobrinos al frente del reino. Sugestivamente, ni siquiera se detuvo a considerar todos los tratados firmados en tiempos de Tirídates, según los cuales, la región era reconocida por los partos como un estado cliente de Roma.

Lo que no tuvo en cuenta Cosroes al desconocer la autoridad de Roma sobre Armenia, era que Trajano estaba buscando una excusa para terminar de una vez por todas con el sistema de estados vasallos, que databa de los días de Marco Antonio. Ciertamente, dicho sistema había cumplido su función en los tiempos subsiguientes a su implementación, cuando Roma aún andaba a tientas en Macedonia, Egipto y el Asia Menor, como consecuencia de que sus mejores soldados habían sido reservados para la destrucción de Cartago, primero, y el sometimiento de la Galia, después. Hacia finales del siglo I, tal esquema se había vuelto obsoleto. Roma estaba ya en condiciones de vigilar sus conquistas por sí misma y Trajano se había percatado de ello. Así que, cuando los partos volvieron grupas hacia el Norte, el emperador encontró el pretexto ideal para liquidar el asunto de la vieja organización de los territorios orientales.

En el momento en que Trajano inició la campaña estaba claro que su objetivo era establecer la frontera sobre el límite natural fijado por el cauce del río Tigris. Para ello puso en movimiento a once legiones y comisionó a sus mejores generales para asegurarse el éxito de la empresa. Armenia fue invadida en el 114 y los partos no consiguieron evitar la destitución de Phatamasiris (113-114). Tampoco lograron impedir que los romanos se apoderaran sucesivamente de Asiria y Mesopotamia. Para el 115, Armenia había sido transformada en provincia romana y la línea divisoria entre el Imperio y el reino de Partia había sido establecida sobre una línea imaginaria que pasaba por las ciudades de Singara y Dura Europos.

Una contraofensiva parta en el 116, lanzada por Cosroes en persona, impidió la consolidación de la nueva frontera. Una vez más Trajano debió exigirse al máximo para

evitar que sus conquistas en Mesopotamia y Armenia se perdieran ante los partos. La primera pudo ser conservada gracias a los esfuerzos de Lucio Quieto, mientras que la segunda se logró mantener con el concurso de Catilio Severo. Trajano, entretanto, obtenía una de sus últimas victorias, persiguiendo a los partos más allá del Kabur. Poco tiempo después, aquejado por problemas de salud, tomaba el camino de regreso hacia Occidente, para morir en Cilicia a los sesenta y dos años de edad. Su sucesor, Adriano (117-138), sin las virtudes castrenses de Trajano, abandonaría poco tiempo después todas las anexiones realizadas entre 116 y 117, más allá del Eúfrates. Dejando sin efecto las disposiciones de su antecesor, el nuevo emperador volvió a permitir que los armenios eligieran a su propio rey, con lo que las fronteras se retrotrajeron hasta la Commagene y Capadocia, siguiendo el curso de agua de aquel río, desde Dura Europos hasta Satala y Teodosiópolis (Erzurum)⁵⁷.

Armenia y su entorno en tiempos de Marco Aurelio (161-180).

Antonino Pío (138-161), el sucesor de Adriano, logró en base a su prestigio, mantener el statu quo en las fronteras eufráticas hasta el final de su reinado. Inmediatamente después de su muerte, los partos se sintieron lo suficientemente fuertes como para enfrentar al Imperio Romano en dos frentes de manera simultánea. Uno de sus ejércitos, comandado por el propio rey, subió hasta Armenia y puso fin al reinado de Sohemus⁵⁸, reemplazándolo por Pacoros, mientras que otra fuerza, vadeando el Eúfrates entre Hierápolis y Sura, invadía la provincia de Siria y derrotaba a su gobernador, Attidio Corneliano.

Correspondió, pues, a Marco Aurelio (Annio Vero) buscar una solución para la grave situación que se había planteado en Siria y Armenia. Preocupado por la invasión de los catos a Germania Superior, Marco Aurelio juzgó prudente no desplazarse personalmente a Oriente, sino encargar la tarea a sus mejores generales a fin de llevar adelante la campaña de castigo contra los partos. La misma fue dividida en dos etapas: en primera instancia debía recuperarse Armenia y restablecerse el orden en Siria. Una vez conseguido tal objetivo, se proponía una meta más audaz, que consistía en marchar contra el propio corazón del territorio parto, algo que ninguno de los emperadores anteriores se había atrevido a llevar a cabo.

En el 162, Julio Severo, Estacio Prisco, Avidio Cassio, Helvio Pertinax⁵⁹, Marcio Vero y Poncio Leliano, algunos de los mejores colaboradores de Marco Aurelio, fueron asignados bajo el mando de Lucio Vero, sobre quién recayó la pesada responsabilidad de dirigir la guerra contra Vologese III. A los ejércitos de Oriente se les añadieron algunas legiones procedentes de Mesia, Panonia y Germania Inferior. Aquel mismo año, el nuevo legado de Capadocia, Estacio Prisco, atacó a Pacoros en Armenia, y llegó hasta la capital, Artaxata, que fue saqueada y destruida. Sohemus, restablecido en el trono, gobernaría ininterrumpidamente el país durante los siguientes veinte años, en calidad de rey cliente.

⁵⁷ Bajo el reinado de Antonino Pío, la situación se mantendría sin cambios en Armenia, donde un príncipe de origen sirio, Sohemus, ocuparía el trono durante veintidós años, hasta el 162, fecha en que una nueva invasión parto acabaría con su reinado.

⁵⁸ Las legiones romanas que le salieron al paso a Cosroes, comandadas por el legado de Capadocia, Sedatio Severiano, fueron derrotadas en Akilisene o Elegeia.

⁵⁹ Helvio Pertinax sería más tarde emperador, en 193.

La captura de la capital armenia fue la señal que esperaba Avidio Cassio para dar comienzo a la invasión del reino parto (163). Sus legiones dejaron la Commagene y, cruzando el Éufrates, invadieron Osrogena, que rápidamente fue abandonada por los partos y convertida en un estado vasallo. A continuación, el hábil legado sorprendió en Dura Europos a una fuerza enemiga de socorro, a la que venció sin atenuantes. La victoria abrió a los romanos las puertas de Mesopotamia meridional y Media, adonde se hallaban las dos capitales partas: la vieja ciudad de Seleucia, a orillas del Tigris, y Ctesifonte. Avidio Cassio marchó contra ellas y no tuvo inconvenientes en someterlas, obligando a los partos a solicitar la paz, que fue finalmente firmada en 166. Como premio, Marco Aurelio concedió a su exitoso general el gobierno de todas las provincias orientales⁶⁰.

Las campañas de Marco Aurelio en Armenia y Mesopotamia devolvieron la paz a la región. Desde entonces, el emperador manejó los asuntos en Oriente, a través de una diplomacia mesurada, recibiendo las embajadas partas y apoyando la posición de Sohemus, en Armenia, cuya situación volvió a estar amenazada en el 172, aunque el legado de Capadocia, Marcio Vero, se ocupó de sostenerle en el poder. La segunda mitad del siglo II, aún a pesar de Cómodo (180-192) y de sus sucesores Pértinax (193) y Didio Juliano (193), asistiría a la afirmación del predominio romano en Armenia y el Cercano Oriente. Pero no sería la persistencia de los estandartes imperiales lo que en definitiva haría de los armenios el escudo oriental de Europa frente al siempre indócil Oriente maniqueo y posteriormente musulmán: el cristianismo había empezado a echar raíces en las viejas tierras de Urartu y por extraño que parezca, llegaría a convertirse en religión oficial en el siglo siguiente, no obstante el abandono de Roma y la ascensión de los persas sasánidas.

Capítulo 13: El predominio de los sasánidas.

Los últimos años del reino parto.

En muy raras ocasiones los enfrentamientos entre romanos y partos amagaron esquivar las montañas y valles de Armenia, sin finalmente llegar a producir alguna herida de consideración (léase conquista, vasallaje o imposición de un rey títere) en sus territorios. Tras Marco Aurelio y muy probablemente como secuela de sus campañas punitivas contra el corazón de los dominios partos, se sucedió una década de paz en la región que tuvo como principales consecuencias un intercambio comercial más fluido y una mayor dependencia del reino armenio respecto del Imperio Romano. No obstante, el recrudecimiento de la amenaza oriental sobre las provincias eufráticas romanas volvió a demostrar en tiempos de Septimio Severo (193-211) que los partos siempre aprovechaban los entuertos dinásticos, las usurpaciones y los asesinatos de emperadores para disputar la supremacía a Roma. En el año 193, el imperio tuvo cinco emperadores,

⁶⁰ Avidio Cassio se volvería posteriormente contra el emperador, proclamándose Augusto, con el beneplácito de las legiones de Egipto y Siria (175). Sin embargo, cuando Marco Aurelio había abandonado la frontera danubiana para enfrentarle, la cabeza del rebelde le llegó embalada como presente. El vencedor de Partia había sido asesinado por sus propios soldados.

tres de los cuales llegaron a reinar simultáneamente⁶¹. Las guerras civiles que se sucedieron para liquidar el asunto de la sucesión llevaron al rey parto Artabán, a tomar partido por Pescenio Níger (193-194). Este, que originalmente había sido miembro del senado romano, se había hecho popular entre las legiones acuarteladas en Egipto, Palestina, Arabia, Capadocia y Siria, donde se desempeñaba como legado desde el 191. Tras su causa, además del monarca parto, se enfilaron numerosos reyezuelos clientes de Roma, entre los cuales se encontraban Cosroe o Khosrov I (190-216) de Armenia, y sus colegas de Osrogena y Adiabena.

La cruenta lucha que terminó con la derrota de Níger en Issos (abril de 194) y con el castigo de todos aquéllos que le habían apoyado, trajo un poco de calma a Oriente, mas no a Occidente, donde el César Clodio Albino, había sido proclamado emperador por las legiones de Britania. Cuando por fin el Imperio, a fuerza de sangrientas batallas y feroces represalias, reconoció como único soberano a Septimio Severo (febrero de 197), el camino estaba despejado para una nueva ronda revanchista frente a los partos.

Como se ha mencionado, el lapso de tiempo que va desde el asesinato de Helvio Pertinax (28 de marzo de 193) al suicidio de Clodio Albino, fue aprovechado por los partos primero, para tomar partido por uno de los emperadores y, segundo, para reforzar su presencia al norte de Hatra y Singara. Durante sus campañas de castigo contra Vologese IV (Artabán), Septimio Severo pudo aplicar todo el peso de sus reformas castrenses, que incluían la ampliación del número de efectivos de las cohortes auxiliares y las alas de caballería. En primera instancia, el emperador obligó a los partos a levantar el asedio de Nisibe, tras lo cual los expulsó hasta una línea imaginaria que iba desde Singara hasta Dura Europos. Las legiones alcanzaron, durante el transcurso de la campaña las ciudades mesopotámicas de Seleucia y Babilonia y no se detuvieron hasta saquear la capital parto de Ctesifonte. En su camino de regreso, Septimio Severo reforzó la presencia romana en la zona, creando la provincia de Mesopotamia (199).

La suerte de Armenia, entretanto, había estado pendiente del desenlace de la lucha entre las dos grandes potencias. Khosrov I, que se había dado cuenta de antemano qué candidato contaba con las mejores posibilidades, salió presto a entrevistarse con Septimio Severo, a quien encontró sitiando la fortaleza de Hatra. Allí hizo acto de sumisión, al mismo tiempo que le ofrecía ayuda militar, auxiliares de caballería, para su próxima expedición contra Ctesifonte. Una actitud consecuente mantuvo con el hijo y sucesor de aquél, Caracalla⁶² o Marco Aurelio Antonino (211-217), quien estableció su base de operaciones en Antioquia para una nueva campaña que tenía pensado realizar en Mesopotamia central. Hacia el 215, Caracalla se presentó en la ciudad de Edesa, capital del reino de Osrogena, y tomó prisionero a su rey, Abgar. Luego, mandó a llamar a Khosrov y a su hijo, que mantenían serias disputas a causa del trono armenio, utilizando como excusa su intención de ofrecerse como mediador de la reyerta. Pero cuando la familia real armenia se apersonó en su cuartel, Caracalla les tomó de rehenes, decidido a llevarles consigo en su regreso a Roma. Los súbditos de Khosrov reaccionaron

⁶¹ Junio de 193: Didio Juliano (marzo a junio), Septimio Severo (193-211) y Pescenio Níger (193-194). Julio de 193: Septimio Severo, Pescenio Níger y Clodio Albino (193-197). Los cinco emperadores en cuestión, arriba mencionados, fueron: Helvio Pertinax, Septimio Severo, Pescenio Níger, Clodio Albino y Didio Juliano, de todos los cuales se impuso finalmente Septimio Severo.

⁶² De una manera similar a como Calígula adquirió su mote de parte de las legiones de Germánico, a causa de las “botitas” militares que le calzaba su madre, Caracalla adquirió el suyo debido a un manto céltico con capuchón, que se obstinaba en vestir.

sublevándose contra los romanos, por lo que Caracalla decidió liquidar el pleito mediante el envío de una numerosa fuerza, que puso bajo el mando de Teócrito. Pero la incursión acabó en desastre. Teócrito fue derrotado y tuvo que retroceder hasta Siria, adonde le esperaba Caracalla y toda su iracundia.

Al año siguiente, el emperador, que vivía deslumbrado por el recuerdo de Alejandro Magno, volvió a aparecer en Antioquia, desde donde despachó emisarios hacia Mesopotamia. Sus embajadores, que debían entrevistarse con el monarca parto, Artabán IV y solicitarle la mano de su hija, fueron todos desairados. Furioso, Caracalla invadió Partia y tomó Arbellas, saqueando todo lo que halló a su paso. Su asesinato, poco tiempo después (abril de 217), no pudo impedir, sin embargo, que el rey armenio muriera en prisión.

La ascensión de los Sasánidas.

Las victoriosas guerras contra los partos, dirigidas por Marco Aurelio, Septimio Severo y Caracalla llevaron el poder romano más allá del Tigris y permitieron a las legiones plantar sus estandartes en Ctesifonte al menos tres veces en menos de medio siglo. Considerando la fortaleza de Partia en los tiempos subsiguientes a Pompeyo, no era poca cosa. Sin embargo, la decidida superioridad de las armas romanas minó la cohesión de dicho reino y lo hirió de muerte. Ciertamente es que hacía largo tiempo que los romanos habían dejado de considerar al estado parto como una amenaza, especialmente tras las campañas de Trajano. Pero en ningún momento, los emperadores que sucedieron a éste llegaron a pensar seriamente en la anexión de sus satrapías, cuyo valor estratégico para los romanos era similar al que ostentaba Armenia frente al propio enemigo parto y caucásico: servir de estado tapón frente a la incógnita que representaban los pueblos y países del otro lado de la meseta irania. Tal incógnita no tardaría, sin embargo, en desvelarse.

Cuando Macrino (217-218) sucedió a Caracalla se produjo un cambio en la política oriental romana respecto a sus vecinos de Armenia y Partia, quizá motivado en una presunción cada vez más realista de lo que la debacle definitiva de éste último estado podía significar a mediano plazo. Se firmó la paz con los partos, a quienes se les impuso como condición el pago de una indemnización en monetario y, en relación con los armenios, se reconocieron los derechos al trono de Trdat II o Khosrov II el Grande (216-238)⁶³, lo que supuso una actitud más condescendiente de sus súbditos respecto de Roma. La llegada a territorio armenio de numerosas familias nobles procedentes de la región de Bactriana, algunos emparentados con la casa real de la zona, y otros con familias de notables guerreros⁶⁴, es un indicio de que hacia el 218, las satrapías partas ubicadas al Este del Tigris estaban en un proceso de franca efervescencia.

Las causas de la rebelión que se estaba incubando en aquéllas latitudes es aún hoy motivo de discusión. Según precisa una tradición, hacia la época en que Caracalla se

⁶³ Acerca de los hermanos Trdat II y Khosrov II el Grande, las fuentes no se ponen de acuerdo al momento de precisar a quién correspondió en definitiva la titularidad del reino y, por ende, los hechos que tuvieron lugar en el período que se supone gobernaron.

⁶⁴ Por ejemplo, los Mamikonian, que descendían de un soldado de fortuna chino, probablemente un príncipe llamado Man Kun. Según otros autores, Man Kun fue contemporáneo del emperador Aureliano (270-275) y se distinguió peleando al lado de los armenios, contra el yugo persa.

aprestaba para marchar sobre Arbellas, un poderoso feudatario llamado Papak⁶⁵ se había rebelado contra el rey parto Artabán V, apoderándose del trono. En esta primera etapa de la revuelta, el movimiento no llegó a poner en entredicho la existencia de Partia. Y, cuando a la muerte de Papak, sus dos hijos, Shapur y Artajerjes (Ardashir), empezaron a disputarse la herencia, pareció que los partos iban a zafar del duro trance. Fue una mera ilusión. Muy pronto, Artajerjes consiguió prevalecer y, con el apoyo del rey de los medos, empezó a extender su autoridad hacia el Este, a costa de los territorios de sus antiguos señores.

Decidido a aplastar a los revoltosos, Artabán V realizó una desesperada leva⁶⁶ y, arañando hombres de aquí y allá, salió al encuentro de Artajerjes. La suerte no le fue propicia en los dos primeros enfrentamientos, pues fue batido fácilmente y obligado a entregar las principales ciudades. Luego, en una fecha entre el 224 y el 226, Artajerjes lo venció definitivamente, aunque la resistencia continuó bajo la égida de su hijo Atavasde, quien sería a la postre el último soberano parto. Hacia el 227, casi toda Mesopotamia había caído irremediabilmente en manos de los persas y los últimos seguidores de Atavasde, refugiados en las montañas, eran casados como animales para impedir cualquier intento ulterior de reinstalar la estirpe de los arsácidas. Muy pocos sino un puñado, conseguirían llegar sanos y salvos a Armenia.

El establecimiento de la dinastía de los persas sasánidas⁶⁷ en los antiguos territorios de Partia no pasó desapercibido para los gobernadores romanos de la región ni para los reyes clientes que dependían del emperador. Para ese entonces, el Imperio Romano estaba siendo gobernado por Alejandro Severo (222-235), primo y sucesor de Heliogábalo (218-222), el vencedor de Macrino. Alejandro es reconocido por los cronistas de su época como una persona responsable, con alto sentido del deber y portador de un idealismo capaz de opacar al demostrado en su momento por Marco Aurelio. Pero desafortunadamente, Alejandro no poseía las dotes militares de éste último. De modo que cuando los sasánidas expulsaron de sus tierras a los arsácidas y remataron el asunto imponiendo un régimen fuertemente centralizado, a contramano de las tendencias vasalláticas preferidas por sus antecesores, la figura de un estado poderoso fue tomando forma. Artajerjes, invocando un supuesto parentesco con la familia de Ciro el Grande (aqueménidas), adoptó el título de “*rey de reyes*”. Los romanos captaron el mensaje instantáneamente: los persas reasumían sus derechos sobre las viejas provincias de Darío: Siria, Mesopotamia y el Asia Menor, lo que en la práctica significaba la guerra. Y como sucediera anteriormente con los partos, Armenia volvería a ser el campo de batalla propicio para el enfrentamiento de los colosos.

⁶⁵ Posiblemente un sátrapa persa, hijo de un gran sacerdote de Anahita.

⁶⁶ El estado parto llevaba en sus entrañas los gérmenes de su propia decadencia: en primer lugar, la costumbre no había legalizado una sucesión hereditaria regular al trono; en segundo término, los partos no contaban con un ejército permanente, que se pudiera en algún punto comparar al romano y finalmente, las decisiones y los actos de los soberanos partos estaban siempre sujetos a verificación o, mejor dicho, debían ser convalidados por un concejo de notables, lo que restaba practicidad a las resoluciones y tornaba engorrosa su ejecución.

⁶⁷ Los persas sasánidas, según la tradición, tomaron su nombre del padre de Papak, el gran sacerdote Sasán de Istakhar (alrededores de Persépolis).

Capítulo 14: Los Sasánidas como catalizadores de la conversión de Armenia al cristianismo.

Mazdeísmo en Oriente, Cristianismo en Occidente.

La formación de un nuevo estado iranio sobre las ruinas del anterior reino parto ocasionó numerosos cambios en el mapa político y religioso del Cercano y Medio Oriente. Los partos, aunque iraníes, habían sido un pueblo cuya organización política había recogido numerosos elementos de los viejos imperios de la Antigüedad y, en ciertos aspectos, habían heredado más defectos que virtudes en ese proceso. Comparado con el estado aqueménida, por ejemplo, mostraba mayores imperfecciones en las relaciones de poder de su estructura piramidal. El rey muchas veces era elegido de entre una nutrida tropa de pretendientes al trono⁶⁸, emparentados directa o indirectamente con la dinastía de los arsácidas. Y una vez ungido, sus decisiones estaban condicionadas a la revisión de una comisión de notables. Por otra parte, el estado de los arsácidas había imitado el modelo romano en lugar del aqueménida, en relación con la administración burocrática de los estados vasallos. Partia tenía reyes clientes en sus fronteras orientales (Media, Bactriana, Persia, etc.), tal como los romanos los tenían en sus limes eufráticos y sirios (Armenia, Osrogena, el Reino de los Nabateos, Iberia, Capadocia, Ponto, etc.). En esa estructura burocrática enmarcada en lazos de complacencia hacia los reyes clientes, se ocultaban dos realidades innegables:

- La incapacidad militar para sojuzgar los territorios pertenecientes al estado vasallo y para retenerlos luego de manera permanente.
- La necesidad de rodearse de franjas de tierra para disponerlas de manera concéntrica, con fines defensivos.

El advenimiento de los sasánidas vino a romper con el molde: la nueva dinastía impuso inmediatamente una rigurosa burocracia centralizada que, además de no admitir la existencia de reinos clientes, perseguía en última instancia evitar la disgregación de la autoridad real en manos de las fuerzas feudales que habían acometido al estado parto en sus últimos años de vida. Pero además, Artajerjes supo acompañar estos cambios administrativos con una política religiosa que perseguía la unificación de las tradiciones en torno a la compilación de las creencias dogmáticas, labor que se conoció como el Avesta. Adoptando al mazdeísmo como credo oficial, los persas sasánidas se anticipaban a los romanos de Constantino I el Grande (adopción del Cristianismo como religión oficial de Roma), en aproximadamente cien años. De una manera práctica, evitaron así el afloramiento de períodos de persecuciones religiosas con el consecuente ahorro en recursos humanos y materiales, problema que en cambio aquejaría al Imperio Romano a lo largo de la segunda mitad del siglo III y hasta bastante entrado el IV.

Las primeras reacciones que generó el poder expansivo de la “*onda persa*” en el bando romano fueron sorpresa y escozor: la creencia de un statu quo establecido a la medida de Roma, según la cual Oriente podía manejarse a través de la debilidad de los partos y la manipulación de los reyes clientes, se hizo añicos. Los romanos, con la boca abierta y sin poder reaccionar, contemplaron azorados cómo la ofensiva expansionista

⁶⁸ No se había establecido, como en el Imperio Romano, la sucesión dinástica por relación filial o “adopción”, en el caso de que no existieran hijos.

de los sasánidas se les echaba encima. Artajerjes, ahora “*rey de reyes*”, proclamando un supuesto parentesco con los aqueménidas, conquistó rápidamente Mesopotamia, lo que dejó a su vanguardia de cara a los puestos fronterizos romanos en Siria. Pero también colocó a los persas en el umbral de Armenia, principalmente porque hacia dicho país habían huido los últimos supervivientes arsácidas en busca del asilo de sus parientes lejanos de la nobleza armenia. Como había que eliminarles, el desafío que se les presentaba a los persas era conquistar dicho reino para poder pillar a los fugitivos, cosa que traía aparejado un riesgo enorme: el avance por las mesetas ubicadas entre los lagos Urmia, Van y Sevan podría ser considerado por Roma como una provocación para ir a la guerra.

La conversión de Armenia al cristianismo: entre la leyenda, el folklore y la tradición.

Si existen relatos apasionantes que la Historia ha adoptado para completar algunas lagunas en sus páginas, el de la conversión de Armenia es uno de ellos. Y es que la conversión del país al cristianismo se produjo en gran medida como consecuencia del advenimiento de los sasánidas, cuando lo lógico hubiera sido la exaltación de la religión que pregonaban los monjes persas. Si bien es cierto que, bajo Artajerjes y sus sucesores, el mazdeísmo (luego maniqueísmo⁶⁹) extendió su órbita de influencias hasta el Cáucaso, no es menos cierto que para la misma época, la labor apostólica de algunos personajes como Tadeo (siglo II d.C.) y Bartolomé (siglo I)⁷⁰ ya había despertado las simpatías de numerosos habitantes armenios por la fe cristiana. La irrupción del mazdeísmo con una fuerza similar a la de las victoriosas armas persas causó en Armenia la destrucción de templos y sendas persecuciones, con la consecuente pérdida o distorsión de fuentes directas (testimonios) e indirectas (monumentos)⁷¹.

Así, pues, moviéndonos entre la leyenda, el folklore y la tradición, amén de ciertas fuentes que amagan no llegar a coincidir nunca, parece ser que la irrupción sasánida en los viejos dominios de Partia ocasionó el desbande de los últimos arsácidas. Algunos, entre ellos uno llamado Anac, corrieron por su vida y buscaron refugio bien al Norte, en tierras armenias. Allí les acogió favorablemente Trdat II, que poco tiempo después, caería a causa de un complot dirigido por Anac. En su lecho de muerte, el moribundo rey aún tendría tiempo para sentenciar a todos los conspiradores, entre ellos a aquél y a toda su familia. Es en este punto a donde empiezan a discrepar las fuentes: algunas aseveran que un tal Gregorio, hijo de Anac, consiguió huir en dirección al Asia Menor. Otras, en cambio, identifican a Gregorio como un miembro de una familia noble de Bactriana que había emigrado a Capadocia. Y un tercer grupo aporta mayor confusión,

⁶⁹ El maniqueísmo era una doctrina donde se entremezclaban elementos tomados del zoroastrismo, del budismo y del cristianismo. La misma se difundió en Oriente, a partir de Sapor o Shapur I, el sucesor de Artajerjes.

⁷⁰ Si damos crédito a algunas fuentes que sindician a Bartolomé como uno de los apóstoles de Jesús, la prédica del cristianismo en Armenia tuvo lugar al regreso de aquél, procedente de Elam, Persia e India, adonde había pasado algún tiempo predicando el Evangelio. Bartolomé sería martirizado tiempo después en las proximidades de Van, la antigua Thupsa.

⁷¹ El período correspondiente al reinado de Sapor I es, en este sentido, mucho más tolerante que el de su antecesor Artajerjes. Sapor tenía una estrategia más clara y coherente para disputar palmo a palmo la superioridad romana en el Cercano Oriente: una política más tolerante hacia aquéllas minorías religiosas que venían padeciendo lo indecible desde los días de Vespasiano: judíos y cristianos.

sosteniendo que el monarca asesinado por Anac no era Trdat II sino su hermano Cosroe o Khosrov II el Grande⁷².

Haciéndonos eco de la versión más popular, diremos pues que Gregorio se refugió en Cesarea, adonde se convirtió al cristianismo, tras casarse con la hija de un noble armenio. Habiéndose separado tiempo después, decidió adoptar un estilo de vida monástico, dedicándose al sacerdocio. Dejó Capadocia, sin embargo, para afincarse en Armenia, con la intención de pagar el crimen de su padre: la penitencia que escogió fue, precisamente, la evangelización de los armenios.

Entretanto, los persas habían aprovechado la muerte del rey Trdat II (o Cosroe el grande), para invadir el país (238). Previamente, los romanos habían intentado oponérseles en tiempos de Alejandro Severo, pero una combinación de derrotas y pestes habían echado por la borda todos sus intentos. Una nueva campaña persa en el 241, dirigida por Sapor I, volvió a complicar el frente oriental, obligando al emperador Gordiano III a comisionar a su mejor general, Timesiteo, para defender Siria y la Osrogena. Pero la muerte de éste último y el ulterior asesinato de Gordiano, obligaron a Filipo el Árabe (244-249), a pedir la paz, objetivo que se logró alcanzar luego de comprometer el pago de un tributo de 500.000 aúreos y de renunciar a los derechos sobre el estado cliente de Armenia.

En uno de los tantos intentos romanos por restablecer el anterior orden de cosas a cado lado del Eúfrates es que Trdat III, hijo de Trdat II (aquél que fuera asesinado por Anac), consiguió entrar en Armenia⁷³. Tras él, y sin saberlo, también lo hizo Gregorio, el hijo del asesino de su padre. La rebelión de los armenios, alentada por Tradt III, tuvo sus frutos cuando los persas dieron por terminada la ocupación del país y se replegaron hacia Mesopotamia⁷⁴. En el ínterin, mientras tanto, Gregorio, que había acompañado a Trdat III en la empresa de sublevar al país, fue encadenado y arrojado a prisión por negarse a hacer sacrificios en un santuario pagano de la aldea de Eriza (Erzincan). En esas circunstancias fue cuando su verdadera identidad llegó a oídos del rey, quien no dudó un instante en hacerle pagar por el crimen de su padre: el monje cristiano fue arrojado a una jaula de la capital, adonde los condenados a muerte esperaban la ejecución de la sentencia. Trece años permaneció allí hasta que, y aquí entra a jugar la parte novelesca de la historia, una virgen romana llamada Hripsimé fue mandada a

⁷² Si hemos de reconocer un reinado de Trdat II, extendiéndose desde el 216 hasta su muerte a manos de Anac en el 238, se puede concluir que, hasta la caída de Armenia en poder de los sasánidas, en 251, el poder pasó a manos del hermano de aquél, Cosroe II o Khosrov II el Grande (muerto por Sapor I en 251).

⁷³ Trdat III tenía en ese entonces entre veinte y treinta años. Su niñez, había transcurrido en el Asia Menor y Roma, adonde había recibido la influencia de la literatura, las costumbres y la religión de los romanos, además de una rigurosa instrucción militar que sería clave para su futuro. La destreza que adquiriría en la lucha se complementaría perfectamente con su fuerza "ciclópea" y con los rasgos atléticos de su cuerpo.

⁷⁴ La retirada de los persas, que habían ocupado el reino tras el asesinato de Cosroe el Grande, fue determinada en gran parte por la necesidad de detener el avance de los romanos quienes, comandados por el emperador Aurelio Caro (282-283) y su hijo, Marco Aurelio Numerio Numeriano, habían conquistado Seleucia e imparables, marchaban contra Ctesifonte (283). El error de relacionar con Aureliano (270-275) tal acontecimiento, posiblemente devenga de la confusión generada por la similitud existente entre los nombres que rodean al suceso: Marco Aurelio Numerio Numeriano, Aureliano, Aurelio Caro y Aurelio Carino (el otro hijo de Aurelio Caro). Pero también es probable que la irrupción de Trdat III en Armenia haya tenido lugar en tiempos de Aureliano, para la época en que el emperador marchaba contra Zenobia, la reina de Palmira (273). En este último caso, y considerando además la edad de Trdat para la fecha de la campaña romana contra Zenobia, podríamos concluir que la guerra de liberación de Armenia se inició en los tiempos de Aureliano, para concluir hacia el 287 con la coronación Trdat III.

asesinar por el rey armenio como consecuencia de su negativa a aceptar la propuesta de matrimonio hecha por el monarca. Los remordimientos que le generaron a Trdat III tal asesinato, lo hicieron sufrir de manera indecible (de licantropía dice la tradición). La salvación de su alma llegaría finalmente a raíz de una extraña circunstancia relacionada con la fe que en Occidente estaba siendo tenazmente perseguida por los emperadores romanos (en especial, por Diocleciano). La cristiana hermana del monarca armenio tuvo un sueño inspirado por Dios, según el cual un ángel se le presentó asegurándole que los tormentos de Trdat III acabarían cuando Gregorio fuera liberado de su prisión. Y, acorde con la tradición, el desenlace llegó tan increíble como milagroso. Trdat accedió a dejar en libertad al asesino de su padre y quedó curado, convirtiéndose poco después al cristianismo.

Gregorio, que había pagado en su conciencia las faltas de su padre, se trasladó de nuevo a Cesarea, en Capadocia, donde fue consagrado sacerdote. De regreso nuevamente en Armenia, y probablemente acompañado por uno de sus hijos (que tuviera antes de su separación), acompañó a Trdat III en su campaña contra los paganos, que tenía como objetivo la destrucción de todos los templos e ídolos de la capital pagana del país, Ashtishat. Poco tiempo después fue premiado por una asamblea de notables, que le eligió jefe supremo de la Iglesia armenia o catolicós, título que fue refrendado por el obispo de Cesarea. Corría el año 303 y Armenia adoptaba el cristianismo como religión oficial. Pero no todo sería miel y loas para los cristianos, en los años venideros: subsistía una tenaz oposición de la casta sacerdotal pagana que todavía había que reducir.

Capítulo 15: Alcances de la adopción del cristianismo.

Los primeros pasos del Cristianismo en Armenia.

No fue nada fácil la difusión del cristianismo y el crecimiento de las comunidades nazarenas en el reino de Armenia durante las primeras décadas del siglo IV. Ciertamente es que la conversión de Trdat III facilitó las cosas para los predicadores, pero la existencia de numerosos núcleos de resistencia pagana, entre los cuales Ashtishat era el más importante, dificultaba la tarea de los evangelizadores y ponía en serios aprietos su misión apostólica. La alta densidad de templos e ídolos que hacían de referentes de las antiguas religiones politeístas fue rápidamente sindicada por Gregorio como uno de los principales obstáculos para la propagación de la nueva Fe. Si los cristianos querían competir con éxito contra los arcanos ritos del paganismo, debían necesariamente dotarse de una organización eclesiástica y de edificios acordes con la batalla que debían librar en el campo de la propaganda. Para colmo de males, el maniqueísmo adoptado por los persas y difundido por sus magos, también había echado raíces en algunos sectores de la población, expandiéndose hasta los confines de Iberia y Albania⁷⁵. El

⁷⁵ La propagación del maniqueísmo en las provincias de Cilicia, Mesopotamia, Celesiria, Fenicia, Palestina, Augusta, Egipto, Tripolitania, Libia, Byzacena y Zeugitana se había transformado en una cuestión hartamente espinosa para el emperador romano, debido esencialmente a que la doctrina de Mani representaba la ideología de la elite persa, con cuyo estado Roma se hallaba en intermitente guerra. En el 303 aproximadamente, Diocleciano (284-305) lanzó un edicto que, aunque no era una persecución en regla, pretendía salvaguardar los principales puestos de la administración en beneficio de los paganos.

desafío era enorme, pero encontró en Gregorio a una persona con la fuerza espiritual y las cualidades requeridas para plantar cara al asunto.

Una vez que el bautizo de Trdat III hubo de alguna manera conferido mayor sustento legal a sus pretensiones apostólicas, Gregorio se dedicó a convertir a un gran número de armenios, para lo cual se valió de la ayuda de numerosos monjes de Capadocia y Siria. Pero pronto chocó con la resistencia de la jerarquía clerical pagana, poseedora de inmensas fortunas y fuertemente relacionada con algunas rancias familias de la nobleza local (los *najarares*). Por otra parte, la batería de edictos que en Occidente el emperador Diocleciano (284-305) estaba lanzando contra los cristianos tampoco ayudaba en la empresa, aunque seguramente no constituyó un factor determinante en esta primera etapa⁷⁶. Fue principalmente el último de sus edictos, que se publicó en el año 304, el que obligaba a los nazarenos a la ofrenda de sacrificios según la vieja usanza pagana, bajo pena de muerte. Lejos de Roma, y en su condición de estado cliente, es muy probable que el reino de Armenia se haya convertido en un polo de atracción para los más fervientes defensores de la nueva fe⁷⁷.

La primera medida tomada contra el poderoso estrato adicto a las antiguas creencias fue, como ya se ha descrito, la destrucción del centro pagano de Ashtishat, empresa que contó con el apoyo de Trdat III y que seguramente se valió de las tropas reales para doblegar la resistencia de los sacerdotes idólatras. Pero la eliminación de Ashtishat no significó la desaparición del paganismo. Todo lo contrario, Gregorio hubo de aplicar mano dura para alcanzar ese objetivo. El empleo de la fuerza militar se hizo cada vez más sistemático y efectivo: los templos fueron destruidos, los ídolos convertidos en ruinas y la mayor parte de la vieja casta sacerdotal, reducida a la esclavitud. Con todo, no fue sino el sometimiento de algunos najarares díscolos y la erradicación del paganismo de la provincia de Taron lo que finalmente coadyuvó a consolidar la posición de los cristianos en el área.

La fecha de la proclamación de Gregorio como catolicós de Armenia aún hoy es discutida. ¿288?, ¿300?, ¿302? ¿305? La duda subsiste tanto más por cuanto los principales cronistas e historiadores no se ponen de acuerdo al momento de precisar si tal designación fue realizada para permitir a Gregorio actuar desde una posición más fuerte o simplemente en reconocimiento de su éxito. Si damos crédito a esta segunda corriente de opinión, la exaltación de Gregorio en tanto que catolicós, tuvo lugar alrededor del 305, casi al mismo tiempo que Diocleciano cedía el poder en Roma, abdicación de por medio. Sobre lo que no existe duda es que, inmediatamente después de su designación, Gregorio fue investido por el metropolitano de Cesarea, Leoncio, bajo cuya jurisdicción se encontraba la gran mayoría de las iglesias de Asia Menor.

Entre las obras que se erigieron para facilitar las conversiones y al mismo tiempo rivalizar contra los viejos centros de poder del paganismo, la construcción de Etchmiadzín, la capital religiosa de la nueva Fe, fue por lejos la más importante.

⁷⁶ Algunos autores sostienen la creencia de que las persecuciones decretadas por Diocleciano contra los cristianos, perseguían más que el derramamiento de sangre, asegurarse el reconocimiento por parte de éstos de la superioridad (supremacía) de las antiguas deidades.

⁷⁷ Uno de los personajes que abandonaron Roma como consecuencia de las persecuciones decretadas por Diocleciano fue Hrispsimé, aquélla virgen que, negándose a aceptar la propuesta matrimonial de Trdat III, sería asesinada por éste, crimen que acarrearía no pocos dolores de cabeza al monarca armenio y que en definitiva influiría en su ulterior conversión al Cristianismo.

Revelados a través de un sueño, los planos de la ciudad se centraron en los cimientos derruidos de la antigua Vagarshapat o Vagarchapar. De este modo, Etchmiadzín vino a llenar el espacio vacío que había dejado la destrucción de los antiguos lugares de culto paganos y de los ídolos que pululaban en ellos.

Los últimos años de Gregorio: las derivaciones de su legado.

Gregorio el Iluminador se consagró sin demoras a la tarea de levantar la nueva ciudad sagrada, para lo cual contó con el beneplácito de Trdat III, sin mencionar su ayuda monetaria. Su labor predicadora facilitó la instauración del cristianismo en lugares tales como Palovniq, donde la presencia pagana era muy fuerte. Finalmente, durante los últimos años de su vida, el catolicós accedió a llevar una vida ascética, retirándose a las montañas de la alta Armenia, luego de predicar en Iberia y Albania. Su muerte tuvo lugar en el 325, mientras vivía al resguardo de una ermita en el monte Sepuh.

El edicto de Milán, que proclamó la libertad de cultos en el Imperio Romano hacia el 313, la inauguración de Constantinopla en el 330 bajo el signo de la Cruz y el posterior bautizo del emperador Constantino I el Grande (306-337), sirvieron para afianzar el prestigio de aquellas sedes episcopales localizadas en las principales metrópolis del Imperio. Pero a poco, también desataron una crisis que tuvo a Roma, Antioquia y Constantinopla como las principales protagonistas. Las tres ciudades reclamaban para sí la primacía sobre la Iglesia armenia, fundamentando sus pretensiones a través de diferentes argumentos. Así, por ejemplo, el patriarca de Constantinopla apelaba en defensa de sus pretensiones al hecho de que tanto Gregorio Iluminador, como sus tres sucesores inmediatos⁷⁸ habían sido ordenados por el metropolitano de Cesarea, ciudad que, en tanto que capital de Capadocia, dependía de Constantinopla. Un argumento similar era utilizado por el patriarca de Antioquia, quien se subrogaba la primacía sobre todas las iglesias comprendidas entre el Mediterráneo oriental y la India. Roma, por su parte, basaba sus pretensiones aludiendo a una supuesta visita de Gregorio y Trdat III, efectuada a su sede en los tiempos de Silvestre I (314-335), durante cuyo transcurso las dos personalidades de Oriente habían hecho acto de sumisión. La Iglesia armenia, denominada gregoriana para diferenciarla de los católicos y protestantes armenios, es sin embargo apostólica, aunque está escindida de la romana en función a un cisma originado en torno a la naturaleza de Cristo, el misterio de la Encarnación. Cuestión que veremos oportunamente de manera más detallada.

Por último, en cuanto a la significación política de la instauración oficial del cristianismo en Armenia, es fácil advertir que la medida fue una hábil jugada de Trdat III para lograr un poco más de cohesión frente a las dos potencias que se disputaban la supremacía en Oriente. Frente al avance del mazdeísmo (maniqueísmo) de los persas y al siempre omnipresente paganismo de los romanos, el monarca armenio se inclinó por la nueva religión como una manera de afianzar la identidad de su pueblo. Si Armenia debía seguir siendo el campo de batalla entre Oriente y Occidente, se hacía urgente dotarla de un elemento crucial que le añadiera valor agregado a sus genes independentistas, cohesionando sus herencias y raíces a través de un ideal espiritual. En suma, si Gregorio Iluminador fue la mano que ejecutó el acto de la instauración del

⁷⁸ Aristakes, el segundo catolicós de Armenia, era hijo de Gregorio Iluminador.

cristianismo, Trdat III fue la mente que ideó la estrategia. Ello no obsta que tiempo después fuera reconocido como mártir y en virtud de ello, incluido en el calendario de santos armenios.

Capítulo 16: Armenia tras Constantino I el Grande y Trdat III.

Después de Trdat III.

Las medidas adoptadas por Trdat III en consonancia con la política y los objetivos religiosos trazados desde el púlpito por Gregorio Iluminador no pasaron desapercibidos en la corte persa de Ctesifonte. Cuando Roma adoptó, a través de Constantino I, el cristianismo, evento que fue casi contemporáneo a la conversión de Trdat, en Persia al rey de reyes se le cambió el semblante. Estaba temeroso de la posibilidad de que una alianza entre las cortes de Artaxata y Constantinopla viniera a romper el equilibrio de poder imperante en la zona eufrática y mesopotámica desde los tiempos de Diocleciano. Guiado por este prejuicio, pronto empezó a buscar adeptos al otro lado del Eufrates y del Tigris, con el fin de urdir una conspiración para derribar a Trdat III del trono y reinstaurar el paganismo y al mismo tiempo la influencia maniquea sobre Armenia. Tenía la convicción de que, con la desaparición del monarca armenio, las cosas volverían a su estado anterior, con las ventajas que ello implicaba para sus propias aspiraciones expansionistas⁷⁹.

Bajo estas circunstancias fue que Trdat III visitó la provincia de Akilisenia (Erzincan) sin sospechar absolutamente de nada ni de nadie. El complot había madurado a la sombra de la ambición de algunos notables, entre los que se hallaban unos cuantos allegados al rey, cortesanos incluidos. En una batida de caza hábilmente dispuesta por los complotados para atraer la atención del monarca, Trdat III fue asesinado ante el fingido estupor de su mayordomo de palacio, quien en realidad era uno de los principales instigadores del crimen.

Corría el año 330 cuando Khosrov III el Breve o el Corto (330-339) debió suceder precipitadamente a su padre ante los ojos expectantes de sus vecinos persas. Pero el apoyo incondicional del catolicós Vrtanes y de los Mamiconian, familia de ascendencia china que se había hecho famosa por su aporte de lugartenientes y generales, permitió al sucesor de Trdat III mantener el rumbo fijado por éste: una política dual y ambivalente, tendiente a preservar la autonomía armenia, al menos fronteras para adentro. Si los persas en este período no se atrevieron a más fue debido simplemente a que en Occidente, Constantino I había surgido como único emperador de la difunta Tetrarquía ideada por Diocleciano. La noción de un Imperio Romano

⁷⁹ Ciertamente, el restablecimiento de las prácticas idólatras y de la influencia del maniqueísmo, de haber sucedido, habría terminado con el ascendente que Roma tenía sobre la región desde los días de Marco Antonio.

Los persas, neutralizando las tendencias centrífugas que irradiaba el Cristianismo sobre la cultura y la civilización romana y armenia, contaban con grandes posibilidades de romper en su favor el equilibrio que prevalecía en Oriente. Con el asesinato de Trdat III pensaban que tal objetivo era fácilmente alcanzable: los najarares y los sacerdotes paganos recuperarían su anterior ascendente, con lo que se montaría supuestamente una barrera infranqueable entre la conciencia cristiana que se estaba imponiendo en Occidente, y las tradiciones paganas que se procuraba restablecer. Pero el rey de reyes olvidaba que el pueblo armenio no estaba compuesto solo de najarares e idólatras.

unificado nuevamente bajo un solo augusto no era una perspectiva agorera para el caso de una guerra abierta.

Una nueva oportunidad se les presentó a los persas hacia el año 337. Entonces, la muerte de Constantino I había determinado una nueva división del Imperio entre sus tres hijos: Constantino II el Joven (337-340) se encargó de la administración de Occidente, desde Tréveris; Constancio II (337-361) de la de Oriente, desde Antioquia, y Constante (337-350) de Iliria⁸⁰. Un cuarto César, Dalmacio, había tomado para sí Constantinopla, aunque pronto sería eliminado por sus propios soldados. Fue un período donde pulularían los usurpadores: Magnencio (350-353), Vetranio (350), Nepociano (350), Silvano (355) y Juliano el Apóstata (361-363, César desde 355). Sapor II, el rey de reyes, avanzó entonces sobre los dominios romanos de Mesopotamia y sus tropas llegaron inclusive hasta las fronteras de Armenia, adonde les salió al paso Vatcheh Mamiconian, el general de Khosrov III⁸¹. Constancio II debió trasladarse precipitadamente desde su residencia en Constantinopla para enfrentar al invasor, que en esas instancias se encontraba sitiando Nisibe (342-350) con la idea de controlar los bancos superiores del Tigris, que servían de acceso a su capital, Ctesifonte. Hacia el 360 la situación del emperador era tan comprometida que mandó a pedir refuerzos a Occidente⁸². Pero sus órdenes fueron desestimadas por los soldados, quienes no deseando abandonar sus tierras, accedieron a elevar a Juliano, César desde 355, a la condición de augusto. Nuevamente se vieron favorecidos los persas, ya que Constancio debió retirarse para enfrentar al usurpador, muriendo al poco tiempo mientras cruzaba las montañas de Cilicia. Con las manos libres y aprovechando las turbulencias que atravesaba su símil romano, Sapor II se volvió hacia el Norte con la intención de consolidar sus recientes conquistas, e inclusive ir más allá, hacia los confines de Iberia y Albania. No tenía idea de lo que le iba a costar su osadía.

En 362, Juliano abandonó Constantinopla para nunca más regresar. El nuevo emperador se había convertido en un eximio guerrero tras sus campañas militares en Colonia (356) y Estrasburgo (357). Y ahora deseaba revalidar sus pergaminos frente a Sapor II. Con esa intención, marchó directo hacia Antioquia, adónde pensaba encontrarse con el rey armenio, Arshak II (350-367), quien se había comprometido a asistirle en la campaña con tropas y vituallas. Iniciada la expedición, la temeridad de Juliano condujo a las legiones hasta el mismo corazón del territorio persa, e inclusive, hasta Ctesifonte. Pero de regreso, y en medio de una refriega, Juliano, que se había quitado la coraza a causa del sofocante calor, fue alcanzado por una flecha y murió en el campo de batalla.

Armenia en manos de Sapor II: el premio a la perseverancia.

⁸⁰ Hacia la primavera del 340, Constante derrotó y eliminó a su hermano mayor, Constantino II el Joven, en Aquileya, tras lo cual los ánimos se serenaron mediante un arreglo conveniente: Occidente pasó a manos de Constante, mientras que Oriente fue conservado por Constancio II.

⁸¹ En el 339 Vatcheh Mamiconian fue derrotado y muerto por Sapor II.

⁸² En ese momento, los armenios estaban sintiendo sobre sus espaldas todo el peso de la guerra entre romanos y persas. El rey Arshak II había tenido que huir junto con su familia hacia las montañas, mientras que gran parte de sus súbditos había imitado su ejemplo: aquéllos con tendencias pro-romanas y cristianas, habían emigrado a territorios romanos, mientras el resto permanecía en sus fundos, confiando en que sus simpatías por la causa persa les librarían de cualquier mal.

La muerte de Juliano el Apóstata fue un rudo golpe para las aspiraciones romanas al Este del Eúfrates. A priori, la proclamación de Joviano (363-364) solucionó de momento la cuestión sucesoria, pero no supuso ninguna mejoría para el problema persa. Todo lo contrario, bajo su reinado, todas las conquistas que databan de los tiempos de la Tetrarquía se perdieron irremediablemente, quedando nuevamente expedito el camino hacia Armenia. En un vergonzoso tratado, el nuevo augusto cedió ante las exigencias de Sapor II y entregó a los persas el control de todas sus posesiones transtigianas. La ciudad de Nisibe fue rendida, a la vez que los romanos aceptaban retirar su protectorado de Armenia, que quedó librada a su propia suerte.

Bajo Valente (364-378) las cosas tampoco fueron mejor para los armenios. Sendas embajadas enviadas por Arshak II retornaron a Artaxata con las manos vacías. Inquieto como siempre, Sapor II lanzó una nueva ofensiva que sometió a la Sofene y a Akilisenia a la voracidad de sus huestes. Mientras el general de Arshak se batía valerosamente defendiendo la región de Ararat, aquél se retiraba en procura de refugio, hacia Capadocia. Luego, entusiasmado por una propuesta de paz hecha por su enemigo, Arshak retornó confiado a su reino, para ser apresado y cargado de cadenas. Su ulterior suerte nos es desconocida: el rey armenio murió en 367, no se sabe si asesinado por Sapor o a través del suicidio. Su general, otro Mamiconian, seguiría sus pasos sin que los persas mostraran ningún remordimiento por su ardid: sería asesinado y su cuerpo, colgado de lo alto de las puertas de la prisión.

La resistencia armenia recayó entonces en la viuda del desafortunado monarca, Parantzem, antigua esposa de Gnel, un sobrino de Arshak a quién éste había mandado a matar, advertido de una posible conspiración⁸³. Parantzem se refugió junto a su hijo, Pap, en la fortaleza de Artakers, donde Sapor II acudió presto a sitiirla. Antes de rendir el castillo, los armenios tuvieron tiempo aún de retirar al príncipe y conducirlo sano y salvo hacia territorio romano, posiblemente al bastión de Neocesarea, en el Ponto. Poco tiempo después toda Armenia, excepto algunos reductos en las montañas, se sometía a la autoridad del rey de reyes. Tal cual parecía, la pulseada entre romanos y persas se decidía a favor de éstos últimos.

Capítulo 17: Preponderancia Sasánida.

Persarmenia: consideraciones previas y antecedentes

Pero los romanos no aceptaron dócilmente el hecho de ver menoscabada su supremacía en el Cercano Oriente. Sapor II, a través de una política agresiva y expansionista, había hecho tambalear todo el sistema de reinos vasallos que databa del siglo I a.C. y que los emperadores se habían esforzado por mantener desde Octavio y aún antes (aunque con algunas excepciones), sin solución de continuidad. La ocupación sasánida del reino de Armenia ponía ahora en contacto directo las provincias romanas de Anatolia con los territorios persas, y esto creaba una sensación de ansiedad, angustia e incertidumbre en la corte imperial de Roma que no registraba precedentes, ni aún en los tiempos más sombríos de la época parta. El breve reinado de Joviano (363-364)

⁸³Arshak se había casado con Parantzem, luego de mandar a matar a su sobrino y tras la muerte de su primer esposa, de sangre romana, llamada Olimpia.

debilitó aún más la posición romana en la zona eufrática, como consecuencia de una serie de concesiones realizadas en papel por el emperador. Para colmo de males, la situación volvió a empeorar cuando Iberia fue también sometida por Sapor, lo que supuso un serio peligro para las posesiones romanas en el Ponto y en la zona de Armenia Menor. Pero la ascensión de Valente (364-378) en calidad de corregente de Valentiniano I (364-375), en la porción oriental del Imperio, trajo un poco de confianza a las desmoralizadas legiones apostadas en Siria y lo que restaba de Mesopotamia y la Osrogena.

Hacia el año 370, la atmósfera se había enrarecido tanto que Valente se vio obligado a trasladarse a la gran metrópoli de Antioquia para estudiar con detenimiento la cuestión en esas latitudes. Mientras Valentiniano, a cargo de las diócesis pertenecientes a las dos prefecturas de Occidente (Galia e Italia), fijaba su residencia en Tréveris, deseoso de hallar una solución para su frontera renana, su hermano se consagraba a la tarea de reformar el ejército en procura de una respuesta efectiva al nuevo estado de cosas imperante en las comarcas transtigianas. La principal medida de Valente en este sentido fue incrementar la indemnización que el estado pagaba a los propietarios de tierras por cada recluta facilitado por éstas o logrado en sus fundos, al mismo tiempo que se aumentaba la tasa del *adaeratio*, es decir, la carga por cada soldado no movilizado⁸⁴. El objetivo era precisamente hacer más gravosa la existencia para aquéllos propietarios que, aún sin dejarse tentar por la jugosa indemnización por recluta, se negaban a facilitar recursos humanos al ejército. Entretanto, Valente pretendió ganar tiempo mediante negociaciones cuyo objetivo primordial era evitar la sangría de territorios que el Imperio venía padeciendo a manos de los persas. No debió, sin embargo, esperar mucho tiempo: el mejor indicio del fracaso de su política fue el mejoramiento de la situación financiera del tesoro. El aumento de los ingresos fiscales no hacía otra cosa que revelar la negativa de los propietarios a desprenderse de campesinos en beneficio del ejército romano. Valente, pues, no tuvo otra opción que apelar a los germanos para suplir la falta de interés de su propia gente.

En el 371, Valente redobló la apuesta, al comisionar a su mejor general, el *comes* Trajano, y al alamano Vadomaro, para restablecer la influencia de Roma en los antiguos reinos clientes de Armenia e Iberia. Su intención era reducir la longitud de la frontera que tenía en común con el estado persa, circunscribiéndola a Siria y Mesopotamia, adonde había desplazado refuerzos aprovechando su larga estadía en Antioquia, que iba a esas alturas para el segundo año ininterrumpido. De esta manera, cualquier contraofensiva evitaría la dispersión en un terreno que se presentaba hartamente complicado: desiertos, cadenas montañosas, valles cortados a pico, etc., aunque la desventaja consistía en que ponía en evidencia el lugar donde se concentraría la reacción romana. Por otra parte, delataba los planes de Valente con respecto a Armenia e Iberia, reinos cuyo sometimiento al rango de estados vasallos era imprescindible para conseguir lo anterior.

En Armenia, las legiones bajo el mando de Trajano y Vadomaro, se acoplaron perfectamente con las tropas de Pap, el hijo de la reina Parantzem, quien había

⁸⁴ Nota del autor: Se puede observar aquí un antecedente del sistema de soldados campesinos o *estratiotas* implementado, desarrollado y perfeccionado desde los tiempos de Heraclio, por los emperadores bizantinos.

regresado a sus tierras luego de una breve escala en Neocesarea⁸⁵. Un año más tarde, cuando los persas estaban en franca retirada, las fuerzas conjuntas romanas y armenias les salieron al paso en busca de una victoria decisiva. El encuentro tuvo lugar en Bagrevand; de un lado se habían formado las huestes de Sapor II, que incluían a varios regimientos de armenios renegados que propiciaban la vuelta a la antigua religión y estaban comandados por ricos najarares. Del otro, los romanos se codeaban con algunos nobles de la familia Mamiconian⁸⁶ y con los partidarios de la vieja dinastía arsácida, sin contar a los auxiliares germanos que Valente había traído de su frontera danubiana, godos en su gran mayoría. A la distancia, el monarca armenio contemplaba el desarrollo de la batalla, acompañado del catolicós y de su guardia personal.

La gran victoria de Begravend fue un premio a la paciencia y, sobre todo, al pragmatismo de Valente. Pero lamentablemente fue el único que obtuvo en el Cercano Oriente. Hacia el 374, cuando la siguiente fase de su plan, que era ni más ni menos que conducir la guerra al propio territorio sasánida, estaba pronta a implementarse la presión de los visigodos en la frontera danubiana obligó al emperador a distraer recursos de sus cuarteles en Siria y Mesopotamia. La merma de elementos humanos se dejó sentir especialmente en territorio armenio y fue una invitación para los persas a probar nuevamente suerte más allá de Osrogena. La suerte cambiante de la guerra muy pronto despertó sospechas en Valente, quien no estaba del todo seguro acerca de la fidelidad de su aliado armenio. Sus dudas al respecto fueron disipadas mediante el asesinato de Pap⁸⁷ y su reemplazo por un sobrino de éste, Varazdat (374-378), cuya suerte no sería mejor que la de su antecesor. Cuatro años después, Varazdat sería expulsado del país por una revuelta de notables, encabezada por Manuel Mamiconian, el hijo del vencedor de Begravend, Mushegh Mamiconian.

La partición de Armenia: ¿decisión salomónica o negligencia romana?

Ya hacia el 375 Sapor II había manifestado a Valente sus planes de dividirse entre ambos y de común acuerdo el reino de Armenia. La guerra estaba causando estragos tanto en Persia como en el Imperio Romano, y los ecos de los cascos de los caballos hunos, resonando entre los mares Caspio y Negro, solo agregaban incertidumbre y angustia en las cortes rivales de Roma y Ctesifonte. No obstante, Valente había probado el sabor de la victoria y no estaba dispuesto a compartir nada de lo que Begravend le había reportado: prestigio y territorios. Con todo, el emperador demostró cierto tino en el manejo de los tiempos, al enviar un legado para estudiar la cuestión. En Ctesifonte, la responsabilidad de la misión le jugó una mala pasada al alto dignatario imperial y la autoridad conferida por el emperador se le subió a la cabeza. Lo cierto es que los persas

⁸⁵ La estancia de Pap en la ciudad de Neocesarea o Niksar, había resultado de la expulsión de la dinastía arsácida del país, como consecuencia de la irrupción de Sapor II. En vísperas de la caída de la fortaleza armenia de Artakers, la reina madre, Parantzem, había conseguido extraer sano y salvo a su hijo y enviarlo a territorio romano. Hacia el 368, una legión había acompañado de regreso a Pap y facilitado su coronación, aunque su suerte todavía estaba indecisa cuando finalmente las fuerzas de Trajano y Vadomaro arribaron en ayuda de los armenios.

⁸⁶ También se encontraban entre las fuerzas comandadas por Trajano y los Mamiconian, algunos Bagrátidas, armenios que, en tanto que nueva dinastía, llegarían a reinar en Armenia hacia finales del siglo IX.

⁸⁷ Pap, hasta último momento, se había esforzado en vano por suprimir la resistencia de algunos najarares que se obstinaban en negarle como rey. Además, en vísperas de su asesinato, sus relaciones con la alta jerarquía de la iglesia gregoriana, especialmente con el catolicós, se habían deteriorado de forma notoria.

volvieron a plantar sus estandartes en parte de Armenia, aunque no se sabe a ciencia cierta si a raíz de la insensatez del embajador romano o a causa de la muerte de Valente, acontecida en el campo sangriento de Adrianópolis (378)⁸⁸.

La batalla de Adrianópolis dejó en manos de los visigodos victoriosos las llaves de Tracia y la posesión de las principales calzadas que conducían hacia la propia Constantinopla. Y, como era de esperarse, la amenaza que constituían en el Este los persas, pasó irremediablemente a un segundo plano, aunque estos últimos no compartieran el punto de vista. El rey de reyes tenía en sus manos, como pocas veces había sucedido antes con sus antecesores partos, el poder de hacer y deshacer cuanto quisiese según su voluntad y la realidad indicaba que los romanos habían perdido la iniciativa en sus limes transtigrianos y eufráticos. Ante la disyuntiva de desentenderse del asunto y perderlo todo o sentarse a negociar y transigir en una hipótesis de máxima, el sucesor de Valente, Teodosio I el Grande (379-395), prefirió esto último.

Las consecuencias del acuerdo romano-persa del 384, en virtud del cual Sapor III y Teodosio I accedieron a repartirse Armenia, pueden compararse en muchos aspectos con aquellas producidas por la ocupación bizantina del mismo territorio, que se desarrolló hacia mediados del siglo XI (justo en vísperas de la batalla de Mantzikert, 1071). Aunque dicho análisis se verá con mayor detenimiento cuando nos refiramos a esta etapa de la historia armenia, conviene precisar en este punto que en uno y otro caso el objetivo era la incorporación de un estado que, de habérselo dejado intacto, habría servido para bloquear incursiones procedentes de los desiertos del sur (árabes) y de la meseta iraní (persas y turcos selyúcidas).

Lo cierto es que Sapor III y Teodosio I no dudaron en llegar a un arreglo. El primero se vio favorecido con la entrega de la mayor parte de los territorios armenios, que pasaron a integrar un reino cliente de Ctesifonte⁸⁹, mientras que el segundo debió conformarse con los mosaicos más pequeños del antiguo estado: Taron, la Sofene y partes de la Balabitenne. A partir de ese momento, la influencia persa sobre los asuntos dinásticos y cortesanos del país comenzó a ser gravitante, como antes lo había sido el influjo romano. Desde Ctesifonte se empezaron a elevar y destronar monarcas con la misma velocidad con que el rey de reyes advertía supuestas tendencias romanófilas en los candidatos de turno. Khosrov IV (385-387 y 415 por segunda vez) fue en este sentido, el primer rey elegido desde la capital persa que debió padecer tales desavenencias. Así, pues, mientras Constantinopla lidiaba con los visigodos por su propia supervivencia, Armenia naufragaba entre los caprichos, las sospechas y los intereses políticos de los monarcas persas. Y en ese estado de postración la encontrarían los árabes hacia el 640.

⁸⁸ El desastre romano de Adrianópolis, adonde el propio emperador perdió la vida, es la vívida descripción en un campo de batalla del proceso de irreversible decadencia que estaba viviendo para ese entonces el Imperio Romano: un estado dividido, arrasado por bagaudas o revueltas campesinas, incapaz de generar los estímulos suficientes como para generar milicia autóctona, socavado internamente por usurpaciones y proclamaciones de candidatos, realizadas especialmente por las legiones, etc.

⁸⁹ Es muy probable que, con la conversión de gran parte de Armenia en un estado vasallo de Persia, la intención de Sapor haya sido anteponer una barrera a la amenaza que representaban los hunos bajando regularmente desde el Cáucaso, por Iberia. La misma política que en definitiva habían empleado hasta entonces y frente a ellos, los propios romanos.

Capítulo 18: El final de la dinastía arsácida.

Armenia hacia finales del siglo IV: contexto interno y externo.

En este punto se hace preciso desarrollar el contexto geopolítico en el cual los armenios pretendían mantener su independencia a partir de una dinastía, la arsácida, cuya rama parta había sido eliminada por los sasánidas en Persia. Como ya se ha visto, los vecinos inmediatos de Armenia, las dos superpotencias de la Antigüedad, Roma y Ctesifonte (partos primero y sasánidas después), acumulaban en este punto casi cuatro siglos de permanentes enfrentamientos por la supremacía en el Cercano Oriente. Enclavada en una situación estratégica, Armenia era la llave para acceder a numerosos territorios de crucial importancia, un pasadizo indispensable cuya posesión obsesionaba a emperadores y reyes por igual. Hacia el Norte, sus valles y senderos conducían directo a los puertos del litoral del Mar Negro, que incluían los emporios comerciales del reino griego de Panticapeion o Kerch (con las ciudades de Quersoneso, Tanais, Teodosia y Neápolis). En esa misma dirección se podía acceder a las posesiones de los iberios y de los albanos, en la zona del Cáucaso, y más allá, a los dominios de los alanos masagetes y de los hérulos orientales, en torno al mar de Azov. Hacia el Sur, el país servía de umbral para el ingreso a la media luna fértil comprendida entre los ríos Tigris y Eufrates, con las importantes metrópolis de Ctesifonte, Babilonia y Seleucia, por donde pasaban las rutas comerciales que conducían al Yemen e India. Junto con Siria y Mesopotamia, la posesión de Armenia había obsesionado a los romanos para lanzar con éxito sus expediciones punitivas sobre el corazón de Persia. Hacia el Este, entretanto, el país era la antesala de Media Atropatena, Bactriana y Sogdiana, tierras que servían de enlace con China y Asia Central, mientras que hacia el Oeste, conducía directamente a Siria y Capadocia, con el Mar Egeo como último nexos antes de ingresar por Tracia o Grecia en Europa.

Ubicada, pues, en el medio de esta singular encrucijada, Armenia estaba rodeada de vecinos ambiciosos y enemigos potenciales. Persas y romanos eran sin ninguna duda los más importantes pero no los únicos. A espaldas de las tierras sasánidas y acantonadas en las estepas del Chu, entre el Mar de Aral y el lago Baikal, las tribus de hunos se estaban preparando para iniciar un proceso migratorio que les conduciría a miles de kilómetros de su patria original. Todavía no se conoce con certeza el origen de dicho pueblo, aunque numerosos historiadores lo sindicaban con los Hsiung-nu, tribus siberianas inicialmente establecidas al norte de la gran muralla china, entre el reino de los Wei y el estado de los Hsien-Pei. Precisamente fue el movimiento de una rama de los Hsien-Pei, los t'opa, emigrando hacia China septentrional, lo que inició el desplazamiento de los Hsiung-nu hacia Occidente. Una de sus tribus, los Hong-un, alcanzó hacia el siglo I d.C. las riberas del mar de Aral, dando origen con el correr de los años a los hunos y los hunos heftalitas⁹⁰. Hacia el siglo III, los territorios hunos tenían una larga frontera en común con el Imperio Sasánida, que se extendía desde

⁹⁰ El origen de los hunos no está del todo claro para los investigadores. Existe una confusión muy grande al momento de identificar el pueblo antecesor: algunos historiadores sostienen que los hunos provienen de los Juan-Juan o averos, mientras que otros afirman que proceden de los Hsiung-nu o de una de sus ramas, los Hong-nu. Inclusive, el origen de los heftalitas, en tanto que hunos, es puesto también en duda. Procopio, al referirse a ellos, dice de los heftalitas que, pese a pertenecer al linaje huno, no se parecen a este pueblo, ya que son de tez blanca y de rasgos no tan feos.

Mary, al Norte, hasta el delta del Indo y la provincia gupta de Sind, al Sur. Hábiles jinetes de tradición nómada, este pueblo conformaba junto con los romanos, las piezas elementales del cascanueces que presionaba el reino de Ctesifonte. Sus incursiones, si bien esporádicas y limitadas, al principio, pronto pondrían en jaque a los monarcas sasánidas, con el consecuente debilitamiento de los lazos de vasallaje que algunos reinos, como Armenia y el estado de los lacmidas, mantenían con la corte sasánida. Y hasta cierto punto, los mismos persas sufrirían en carne propia y a manos de los heftalitas o hunos blancos (siglo V y primera mitad del VI), el régimen de soberanos títeres impuestos desde el exterior, como Armenia lo había padecido alternativamente bajo el poder ocasional romano o sasánida.

Por el Sur, y más allá de los territorios de sus vecinos inmediatos, se encontraban los estados tribales de los lacmidas y ghassanidas, con tendencias orientales y occidentales respectivamente. Pero ambos estaban contenidos, flanqueados, por las provincias romanas y las satrapías persas, de modo que Armenia no sabría de éstos pueblos hasta la llegada del Islam, cuando ambos diques sucumbirían ante la marejada árabe y musulmana.

Mucho más amenazadora era la presencia de sendos pueblos allende el Cáucaso, cuya efervescencia usualmente afectaba primero al estado de los íberos, a Lazistán (Egrisi) y a los territorios albaneses. Ellos eran los sármatas, los alanos masagetes, los alanos tanaítas, los acatziros y los saviros, amén de dos pueblos bárbaros de procedencia germánica, los hérulos y los rugios orientales. Todos sin excepción, hacia la segunda mitad del siglo IV, estaban más o menos contenidos sino sometidos a la voluntad de un pueblo germano mucho más fuerte y mejor organizado aún, los ostrogodos de Hermanarico. Pero los ostrogodos estaban en ese entonces más concentrados en extender sus dominios hacia el Báltico suroriental, adonde pululaban las tribus eslavas, en lugar de marchar en dirección al Volga y la cuenca del Kura. Como quiera que fuese, el verdadero poder se encontraba a espaldas de aquéllos: los hunos establecidos en las estepas del Chu y parientes de los heftalitas, de cuyo seno surgiría el clan de Mundzuk, antecesor de Atila.

Así, pues, en la segunda mitad del siglo IV el reino de Armenia, gobernado por los últimos representantes de la dinastía arsácida, era una avanzada cristiana que se proyectaba tímidamente hacia Oriente. El cristianismo, una novedad para muchos de los pueblos mencionados en los párrafos precedentes, excepto para romanos, persas e íberos, había sido adoptado como una alternativa ante la falta de elementos integradores, tan necesarios para el fortalecimiento de la identidad del pueblo armenio. Y sin embargo, pese a la fuerza cohesiva de la nueva religión, la argamasa del reino flaqueaba por la ausencia de otros componentes que no alcanzaban a dosificar debidamente los ingredientes de la mezcla, muchos de los cuales provenían de los tiempos de Urartu. Entre estos elementos el alfabeto era uno de los más importantes, y Armenia no tenía uno. Hacia finales del siglo V, todavía se empleaba el persa como lengua administrativa, mientras que el griego era utilizado con fines literarios y litúrgicos. Sin embargo, la orfandad de un idioma escrito no iba a durar mucho más. En 405 aproximadamente se produciría la invención del alfabeto armenio, muy probablemente determinada por la necesidad de la iglesia armenia de estrechar vínculos con los feligreses a través de un lenguaje no foráneo⁹¹.

⁹¹ En vísperas de la invención del alfabeto armenio, el griego, el siríaco y el persa eran las lenguas escritas más empleadas, inclusive en la iglesia. La escritura cuneiforme y el jeroglífico, por su parte, antiguamente

Las tareas de investigación en procura de ese precioso y vital elemento de interacción correspondió a un armenio procedente del distrito de Taron, llamado Mesrop o Mesrob Mashtóts (360-440), quien antes de entrar al servicio de la Iglesia, había ocupado altos puestos en la administración del reino. Con la ayuda del catolicós Sahak Partev (387-428), y del rey Vramshapuh (387-414), Mesrop ensayó diferentes alternativas, apelando en primer lugar a la ayuda del obispo de Edesa, ciudad dónde habían sido guardados registros con antiguos caracteres armenios. Las tareas continuaron con la colaboración de otros discípulos de Mesrop, que se repartieron las pesquisas entre los centros de estudio ubicados en Samosata y Edesa, el primero bajo la tutela bizantina y el segundo, bajo la dominación persa. Finalmente, casi en vísperas del 406, el alfabeto armenio quedó casi listo⁹², con la incorporación de doce letras, cinco consonantes y siete vocales y con el desarrollo de sendas reglas gramaticales para facilitar su rápida difusión. Fue precisamente a raíz de dicha invención y de su perfecto acoplamiento con el lenguaje vernáculo lo que permitió que la cultura armenia llegara a su punto más álgido durante el siglo V.

Así, pues, la existencia de un alfabeto, la labor apostólica de la iglesia, el apoyo del monarca y la misión educadora emprendida por Mesrop, viajando de una punta a la otra del país, propiciaron un florecimiento intelectual como nunca antes se había visto en el lugar. Los clanes familiares, los notables ciudadanos de larga raigambre, las tribus semi-bárbaras de las localidades montañosas del país y el clero en ascenso, todos, se vieron ahora ligados por un lenguaje en común que podía ser llevado a papel, de manera de transmitir en espacio y tiempo las cuestiones fundamentales concernientes al reino: credo, tradición e historia. Armenia dejaba de gatear entre los senderos de su oscuro pasado y su difícil presente para lanzarse a caminar directamente a los brazos de un futuro lleno de incógnitas e interrogantes, pero futuro al fin. La convalidación para tantas expectativas llegó desde Constantinopla, cuando el emperador Teodosio II (408-450), bajo la atenta mirada de su hermana Augusta Pulqueria, accedió a permitir a los armenios el uso de su reciente invención⁹³.

El ocaso de los arsácidas: Armenia bajo el control persa.

Pero no todas iban a ser buenas noticias para los armenios en los años postreros al 400. La situación del país, dividido en virtud del tratado firmado entre Teodosio I el Grande y Sapor III (383-388), con ventajas evidentes para éste último, no hacía otra cosa que reforzar las ansias de sus habitantes por lograr una identidad. Y los medios empleados para ello, la religión y el alfabeto, fueron reconocidos como una amenaza por los persas, especialmente el asunto de la fe. Sin embargo, tanto Sapor III como sus sucesores, Bahram IV (388-399) y Yazdegerd I (399-420) fueron soberanos que mostraron cierta condescendencia hacia los airados reclamos armenios de autonomía, actitud que reflejaba el buen momento por el que atravesaban las relaciones romano-sasánidas. Fue precisamente esta atmósfera de calma y tolerancia imperante en las

utilizados en templos paganos y en la corte, hacía largo tiempo habían sido desechados en beneficio de aquéllas.

⁹² La culminación definitiva del alfabeto armenio tendría lugar hacia el siglo XII con el agregado de dos letras nuevas.

⁹³ El éxito del nuevo alfabeto se correspondió con su amplia difusión y fue coronado cuando, hacia el año 435, se produjo la versión de la primera Biblia armenia, traducida a partir del original griego.

comarcas del Cercano Oriente la que permitió hacia el 414 solucionar el problema de la sucesión dinástica planteada en Armenia, a raíz de la muerte de Vramshapuh.

Sin duda el reinado de Vramshapuh fue un periodo de bonanza intelectual y material para los armenios que, a cambio, habían debido aceptar la partición de su estado por las potencias de turno. La paz alcanzada entre romanos y persas tras el acuerdo de 387, extrajo al país de su estado de postración y aseguró un permanente flujo de caravanas comerciales hacia sus distritos, en lugar de legiones o ejércitos persas. Armenia había momentáneamente dejado de ser el campo de batalla de vecinos envidiosos e intolerantes, aunque las heridas de la guerra se notaban en terratenientes cada vez más ricos y campesinos pobres, cada vez más dependientes y sumidos en la miseria. Lentamente, el país se iba contagiando del “*patrocinium*” debido a su proximidad con el Imperio Romano. El fortalecimiento del cristianismo, pese a la resistencia inicial de los antiguos sacerdotes paganos, de sus aliados najarares y de los desconfiados zoroastristas infiltrados desde Persia, sirvió de contrapeso a las relaciones serviles que se estaban desarrollando. Y más tarde, la invención del alfabeto junto con el empeño puesto por Vramshapuh y Mesrop en enlazar a la población a través del mismo, engrandecieron el sentimiento de unidad del pueblo, poniendo compresas sobre las heridas causadas por las diferencias económicas existentes. Pero la muerte de Vramshapuh disparó la señal de alarma y la alta jerarquía clerical decidió rápidamente intervenir en el asunto. El catolicós Sahak Partev viajó a la corte del rey de reyes en 415 y obtuvo de éste el permiso de volver a Armenia llevándose consigo al antecesor de Vramshapuh, Khosrov IV, que vegetaba en las prisiones reales.

Mas la presencia de Khosrov IV al frente del estado fue tan efímera como irrelevante su reinado. El restablecido soberano fue pronto desposeído por el rey de reyes a raíz de una serie de sucesos que se desataron en el centro de los dominios persas. La tolerancia demostrada por Yazdegerd I y sus antecesores hacia los súbditos cristianos pronto llenó a éstos de valor para desafiar la autoridad de los sacerdotes mazdeístas y una inoportuna rapiña en el templo de Susa, dirigida por un obispo cristiano, acabó colmando la paciencia del rey de reyes. Yazdegerd se desdijo pues de su tolerante política religiosa y decretó la persecución de los cristianos. Y en su condición de estado cliente de Persia, Armenia debió avenirse a la voluntad del monarca iranio. Khosrov IV fue destituido, y en su lugar Yazdegerd colocó a uno de sus hijos, Sapor o Shapur, con el fin de llevar a esas tierras sus ansias revanchistas y, al mismo tiempo, favorecer la difusión del mazdeísmo.

Si la voluntad del rey de reyes al final no llegó a cumplirse no se debió a su falta de determinación ni a la supuesta ineptitud de su hijo, el nuevo rey de los armenios. Yazdegerd cayó víctima de un complot hacia el 420⁹⁴ y sus planes para Armenia desaparecieron con él. Pero Sapor, un sasánida, aún gobernaba el país y no estaba dispuesto a que el trono de Persia se le escapase de las manos. Por tanto, abandonó su capital para reclamar la herencia en Ctesifonte. Su partida (423) permitió el retorno de los arsácidas al trono armenio y Artashes o Artashir (423-428) le reemplazó ni bien su silueta traspuso la frontera en Mesopotamia. La ulterior caída de Sapor en manos de sus enemigos aclaró el panorama para el nuevo monarca armenio, aunque Bahram V (420-

⁹⁴ La causa de la muerte de Yazdegerd no está del todo aclarada. Algunos autores sostienen que el rey de reyes murió naturalmente. Lo cierto es que, conspiración o no, sus sucesores se disputaron el trono, imponiéndose Bahram V (420-438) frente a las pretensiones de su hermano Sapor, el rey de Armenia, quien pagó con su propia muerte el precio de su fracaso (428).

438), el nuevo rey de reyes, mantuvo la política anticristiana de su padre y, por ende, sus ambiciones sobre Armenia.

La ascensión de Bahram V provocó cierto escozor en la curtida pero siempre endeble piel del Cercano Oriente. Las persecuciones contra los cristianos, iniciadas para vengar la afrenta perpetrada por un obispo contra el principal templo mazdeista de Susa, en Elam, no cesaron sino todo lo contrario. Y este tipo de represalias tenían siempre la característica de traer aparejado confrontaciones con los romanos. Armenia volvió a conocer durante esta época un nuevo periodo de guerras, que dio comienzo cuando uno de los generales de Bahram, Mihr Nerseh, se internó en el país para reafirmar la autoridad del rey de reyes y el rango de estado cliente de los armenios. Pero tras dos años de campaña, los persas accedieron a firmar una nueva paz con Roma (422)⁹⁵, según la cual ambos bandos se comprometieron a garantizar la libertad de culto en sus respectivos dominios. Además, Bahram V reconoció los derechos al trono del hijo de Vramshapuh, Artashes, con lo que daba por terminado el breve interludio de dominación sasánida en beneficio de la longeva dinastía de los arsácidas.

No obstante, Artashes halló incontables dificultades para afirmarse en el poder. El nuevo rey, que apenas contaba con diecisiete años de edad y escasa experiencia en las cuestiones administrativas del reino, pronto empezó a ser desafiado por la nobleza. Los ricos najarares habían descubierto en la debilidad del poder central una oportunidad para reafirmar su otrora autonomía, que habían perdido en tiempos de Vramshapuh, como consecuencia de la enérgica personalidad de dicho monarca. Permanentemente intrigando contra Artashes, quien contaba con el apoyo del catolicós, decidieron finalmente acudir a Bahram para solicitarle la deposición del inexperto monarca. En otras palabras, la figura de patrono no aceptaba la injerencia de un poder central fuerte y activo en los asuntos de la tierra. Los najarares pecaron de necedad pese a las advertencias del catolicós: *“más vale la docilidad de una oveja que la astucia de un lobo”*. Artashes llevaba la sangre del gran Vramshapuh y el recuerdo del valeroso monarca pesó sobre los najarares más que la realidad del imberbe rey adolescente.

No está claro cuáles fueron las motivaciones políticas que llevaron a Bahram V a ponerse del lado de los najarares revoltosos. Lo cierto es que cuando Artashes y el catolicós Sahak Partev se trasladaron a la corte del rey de reyes para sostener su causa, los argumentos que emplearon para defenderla fueron desechados de plano. Artashes fue destronado y con su deposición la dinastía arsácida llegó a su término. En el 428 Armenia se convertía en una provincia sasánida, regida por un gobernador general o marzpan y durante los cuatro siglos siguientes viviría sometida a los caprichos de los poderes de turno: Persia, Bizancio y el Califato Omeya, en ese orden. Cuatro siglos de dominación extranjera, de oscuridad y de desencanto, donde la única luz de esperanza seguiría proviniendo de esa particular combinación de elementos culturales y religiosos, idioma, alfabeto y religión, que habían dotado al país de una identidad. Una mezcla tenaz que sonaría como toque de difuntos para la dinastía arsácida reinante y, al mismo tiempo, como argumento ineludible y necesario para los nuevos reclamos de independencia que no tardaría en sobrevenir.

Autor: Guilhem W. Martín. ©

⁹⁵ Según lo estipulado entre los emisarios de Teodosio II y Bahram V, la paz entre persas y romanos debía durar cien años, aunque en realidad no resistió más dos décadas.

Fuentes documentales:

- **William Mitchell Ramsay**, *Geografía Histórica de Asia Menor*, Londres, 1890.
- **Franz Georg Maier**, *Bizancio*, Siglo Veintiuno Editores, 6ta. Edición, 1983, ISBN (volumen trece) 988-23-0496-2.
- **Carlos Diehl**, *Grandeza y Servidumbre de Bizancio*, Espasa-Calpe SA, Colección Austral, 1963.
- **Georg Ostrogorsky**, *Historia del Estado Bizantino*, Akal Editor, 1984.
- **Alexander A. Vasiliev**, *Historia del Imperio Bizantino*, Libro dot.com, versión digital.
- **Jean Pierre Alem**, *Armenia*, Eudeba, Buenos Aires (Argentina), 1963.
- **Santiago Montero, Gonzalo Bravo y Jorge Martínez-Pinna**, *El Imperio Romano*, Visor Libros, ISBN 84-7522-497-0, España.

Imperio Bizantino

Historia de Bizancio enfocada principalmente en el período de los Comnenos

